

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Un palacio en las nubes

Número Uno ha tenido un contratiempo y ha sido capturado por el autodenominado Spyking, «rey de los espías». Pero antes de eso, consiguió enviar una postal con un mensaje…

Así que Brigitte ya está en marcha para encontrar a Número Uno en un «palacio en las nubes».



Lou Carrigan

Un palacio en las nubes

Brigitte en acción - 158

Archivo Secreto - 211

ePub r1.2

Titivillus 17.07.2017

Lou Carrigan, 1972

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: pepito56
ePub base r1.2



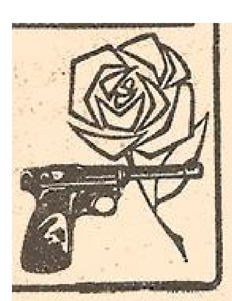




"Más libros, más libres"

PROYECTO SCRIPTORIUM

epublibre



ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

Era un hombre tan hermoso que cabía dudar de su auténtica existencia. Más bien parecía un sueño, una alucinación.

Su rostro era de una belleza increíble, de una corrección de facciones insuperable. Frente despejada, boca bien dibujada; orejas perfectamente simétricas, barbilla firme, nariz recta… Y sus ojos, de color azul claro, eran inteligentes, grandes, amables con su luz sonriente, radiante. Llevaba los cabellos muy largos, como los de una mujer; sueltos, rubios como el oro, le llegaban más abajo de los hombros, por encima de la capa corta de armiño colocada sobre la chaqueta del traje de corte impecable, oscuro. Alto, fino, elegante, señorial, de modales exquisitos… Y sobre la rubia cabeza perfecta y hermosa, la corona.

Una corona de oro, platino, brillantes, y en el centro, una gran esmeralda. Una corona fabulosa.

Naturalmente, este personaje podía estar sentado en un lugar adecuado para él; un trono. Un trono de maderas preciosas, tapizado con armiño, adornado con oro y brillantes.

Ante él, dos escalones más abajo, y a unos tres metros, estaba de pie otro hombre, no menos notable aunque no llevase corona, ni capa de armiño, ni sus cabellos fuesen tan largos y teñidos de rubio… Un hombre de más de metro ochenta, de hombros anchos, manos grandes, de artista, tostadas por el sol Vestía traje corriente, de tono oscuro, y jersey de cuello alto, negro. No había el menor abultamiento muscular en los miembros y pecho de aquel hombre, pero, sólo verlo, producía la sensación de estar hecho de acero. Su cabello era largo sólo lo justo para no estar out en la moda masculina, y su rostro bronceado, casi de dolor marrón, era mucho más enérgico que el del sujeto de la testa coronada. La barbilla era agresiva, la boca delgada, como una raya hosca grabada en piedra. Sus cabellos eran de color cobre, y sus ojos de una negrura

pavorosa…

Era tan difícil decidir cuál de los dos hombres resultaba más notable, más apuesto en su estilo, más interesante o asombroso, que lo mejor era no complicarse la vida buscando la elección de uno u otro. Y, además, allí no se trataba de elegir a Míster Universo.

—Entonces…, ¿acepta? —preguntó el del trono.

—Sí.

—¿Sin reservas?

—Sin reservas —aseguró el que estaba de pie.

—Bien. Vuelva a su hotel. Dentro de dos o tres días, recibirá los datos necesarios para qué usted organice su acción. Por el momento vamos a entregarle cinco mil libras para gastos. ¿Es suficiente?

—Sí.

El hombre de la corona movió una mano hacia su derecha, y el hombre que estaba en ese lado bajó los escalones donde se asentaba el trono. De un bolsillo interior, sacó un estuche que parecía de joyería, y lo entregó al gigante de los negros. Luego, regresó junto al entronado sujeto. Al lado izquierdo había otro hombre, impávido, pero tanto éste como el que le había entregado el estuche al de los ojos negros, no tenían la menor importancia ni relieve. Allí, en aquel salón del trono, ambos parecían simios, comparados con el de la corona y el otro.

—Puede retirarse —autorizó el de la corona.

El otro asintió con la cabeza, dio media vuelta y comenzó a caminar por el brillante suelo. A ambos lados del salón había estrechos ventanales, por los que entraba la sombría luz del día. Tapices en las paredes, muebles oscuros… Los pasos del gigante resonaban muy suavemente…

—Número Uno —llamó el de la corona.

Número Uno se volvió, siempre inexpresivo el rostro.

—¿Sí? —musitó.

—Hay dos cosas que tiene usted que saber. Una de ellas, es que yo no admito fracasos. La otra, que debe retirarse usted sin volverme la espalda, y después de inclinarse ante mí.

—Yo nunca fracaso. Ni nunca me inclino ante ningún hombre.

—Yo no soy un hombre corriente. Soy Spyking I, Rey de los Espías. Y usted es, ahora, uno de mis vasallos.

—Si usted fuese rey de espías, no necesitaría vasallos para que le

hiciesen un trabajo. El auténtico rey en esta profesión sería aquel que jamás necesitase a nadie.

—¿Cómo el invencible Número Uno, por ejemplo?

—Yo nunca he pretendido ser rey de nada.

—Pero está convencido de que es invencible.

—Sólo puedo decir que hasta ahora no he sido vencido… Fui traicionado una vez, pero nunca vencido. No es un autoelogio: es un hecho. ¿Algo más?

—No. Retírese.

Número Uno volvió a girar, dando de nuevo la espalda a Su Majestad Spyking I, Rey de los Espías. Llegó a la gran puerta doble, la abrió, y salió del Salón del Trono.

Durante unos segundos, reinó allí el mayor de los silencios. Por fin, Spyking movió su enjoyada mano derecha.

—¿Saintjohn?

—Sí, Majestad —se inclinó el hombre de aquel lado.

—Es muy posible que hayamos cometido un error al entrar en negociaciones con Número Uno.

—No hay mejor espía disponible en todo el continente, Majestad. Le llaman Número Uno con toda justicia. Los informes de los enlaces que se pusieron en contacto con los amigos de Número Uno…

—Conozco toda esa historia. Pero yo no me refería a la capacidad de Número Uno, sino a su personalidad. Es un hombre altivo… Y cuando le he hecho la propuesta me ha parecido por un instante, que iba a responder negativamente. Pienso… Sí, pienso que ha aceptado porque es inteligente, y ha comprendido que si se negaba, no saldría con vida del castillo. Es un hombre demasiado astuto para correr riesgos innecesarios y a sabiendas de que jamás podría vencer a todos mis vasallos aquí reunidos… Sí, tengo la impresión de que ha pretendido burlarse de mí.

—¿Burlarse de Su Majestad?

—Sí, Saintjohn. Se irá con el dinero, y lo olvidará todo… O quizá nos busque complicaciones.

—¿Lo matamos? Él ha venido en un coche alquilado en Birmingham. Podemos alcanzarlo y…

—¿El estuche que le has entregado lleva un emisor?

—Desde luego, Majestad.

—Bien. Seguidlo a distancia. Vigiladlo estrechamente durante estos días que tiene que esperar en su hotel… No quiero que lo perdáis de vista ni un segundo. Y si intenta marcharse de Birmingham sin esperar a recibir mis instrucciones, matadlo… Pero en último extremo solamente. Lo ideal sería que trabajase para mí, ya que de un modo u otro, ese hombre sabe tanto del espionaje europeo que sería una lástima que muriese.

—Entiendo, Majestad.

—Ashbury —miró Spyking al otro hombre—, ve con Saintjohn… Y llamad para que controlen la carretera desde Birmingham hasta aquí. Otros dos hombres en otro coche.

—¿Nada más?

—Podéis retiraros.

Así lo hicieron Ashbury y Saintjohn, pero, por supuesto, sin volver la espalda a Spyking I, y efectuando las oportunas inclinaciones de pleitesía…

Cuando salieron del castillo, el coche que conducía Número Uno estaba ya lejos, visible en la verde campiña que rodeaba el castillo de agudas torres cónicas. Las nubes estaban tan bajas, y eran tan espesas, que el día parecía como muerto, casi negro, de una tristeza infinita. A pleno sol, la campiña inglesa es posiblemente de las más bellas del mundo. Bajo aquellos nubarrones, parecía que todo estuviese pintado de colores sombríos, incluso la hierba, que iba tomando una tonalidad tan oscura que más que verde comenzaba a parecer negra.

Los dos hombres se apresuraron a protegerse del frío húmedo entrando en seguida en un coche, y, en el acto, Ashbury sacó de la guantera el pequeño receptor de señales. Lo puso en marcha, y un suave tit-tit-tit brotó del aparato, mientras la larga y fina aguja señalaba la dirección que seguía el coche de Número Uno.

—Va muy despacio —comentó Ashbury.

—No tiene por qué apresurarse. Además, hasta llegar al llano, no es fácil correr. Peor aún: es un suicidio. Y no me parece de los hombres que se suicidan.

—A mí no me ha parecido tan peligroso como dicen.

—Tendrás que ir al oculista —masculló Saintjohn, poniendo el coche en marcha—. O fijarte mejor. Tiene todo el porte de un león que ni siquiera se molesta en espantar las moscas con el rabo… Las

ignora. Pero si yo fuese mosca, no le molestaría en absoluto.

El coche comenzó a rodar por la gran explanada que se extendía ante el castillo inglés, luego tomó el sendero entre setos y parterres, y se dirigió hacia el camino que conducía a la carretera. Llevaban apenas un minuto rodando cuando Ashbury exclamó:

—Para.

—¿Qué ocurre?

—Él se ha detenido.

—¿Se ha, detenido? ¿Para qué?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —refunfuñó Ashbury—. Se ha detenido, eso es todo. Sólo él sabrá para qué.

* * *

Número Uno acabó de encender el cigarrillo, fuera del coche, mientras contemplaba el castillo, allá arriba, coronado de nubes. Tanto, que muy pronto desaparecería entre ellas. El Castillo tan alto, y las nubes tan bajas…

Durante un par de minutos, el mejor espía de todos los tiempos estuvo fumando, pensativo, siempre fija su mirada negra en el castillo coronado de nubes. Una mirada sin expresión alguna… Simplemente, fumaba y miraba, erguido a un lado del camino, ladeada la cabeza, el cigarrillo en los labios… Por fin, lo tiró al suelo, se aseguró de que lo apagaba con el pie, y volvió a colocarse ante el volante.

Sacó el estuche, lo abrió, y contempló los billetes. Los sacó del estuche, y los guardó en un bolsillo interior de la chaqueta. Luego, tranquilamente, alzó el lecho de terciopelo del estuche, y se quedó mirando con sonrisa entre adusta y sarcástica, el pequeño emisor de señales. Cerró el estuche, lo dejó en el asiento contiguo, y puso de nuevo el coche en marcha.

* * *

—Adelante —dijo Ashbury—. Está en marcha otra vez.

Saintjohn asintió con la cabeza, dio el encendido, y siguió bajando por el empinado camino, despacio. Llegaron por fin a la

carretera, y la estuvieron siguiendo hasta llegar a Shrewsbury, localidad que dejaron pronto atrás.

—Va directo a Birmingham —informó Ashbury.

—Claro.

Tres minutos más tarde. Ashbury soltó un gruñido.

—Se ha vuelto a parar —refunfuñó.

—No me gusta esto. Ese hombre está, tramando algo…

—Hay una posada aproximadamente donde él se ha detenido… La Black Cock Road House. ¿Crees que alguien puede estar esperándole ahí?

—No sé… ¿Para qué? Además, ese hombre trabaja siempre solo. Sus amigos y contactos intervienen solamente para avisarlo, según tengo entendido… Quizá haya parado a tomar algo.

—Ya ha pasado la hora del té.

—¿Acaso sólo se puede tomar té? Por otra parte, él no es inglés, sino americano. Puede que esté tomando un *whisky*… Y puede que yo esté mal informado y él tenga alguien que le apoye en sus trabajos. Será mejor que nos acerquemos un poco… Echaremos un vistazo.

Siguieron adelante, hasta divisar efectivamente la Posada del Gallo Negro, con fachada de piedra, gran chimenea, flores bajo los ventanales del bar de ruta… En lo alto, una veleta con un gallo negro, enorme, permanecía inmóvil. No hacía viento, pero el aire parecía estar como hinchado de agua. A un lado, bajo unos chopos, había varios coches, entre los cuales Ashbury distinguió el de Número Uno.

—Ahí está el coche. ¿Qué hacemos?

—No sé. Si entramos ahí, nos verá. Y puede que eso no le guste. Esperaremos a que salga, y entonces irás a preguntar si le han visto conversando con alguien.

—De acuerdo.

Cinco minutos más tarde, Saintjohn dio rápidamente marcha atrás, para ocultar el coche, al ver salir a Número Uno de la posada-parador. Segundos después. Ashbury informó de que seguía viaje hacia Birmingham, y Saintjohn llevó el coche hasta delante de la Black Cock Road House. Ashbury se apeó rápidamente, y entró… Por una ventana, Saintjohn le estuvo viendo conversar con una camarera muy joven y bonita. Poco después, Ashbury se sentaba de

nuevo junto a él.

—Ha tomado café, ha ido a los lavabos, y luego ha adquirido cigarrillos en la máquina que hay junto a la puerta. Eso es todo. No ha hablado con nadie.

—¿Ni siquiera en los lavabos?

—No había nadie más que él en los lavabos.

—All right. Sigamos, pues. Se está alejando mucho, ¿no?

—Sí. Acelera. No quisiera perder la señal. Spyking nos haría papilla.

De nuevo en marcha, ahora a buena velocidad. Muy pronto, la señal se recibió de nuevo en el receptor, con bastante fuerza, y Ashbury indicó a Saintjohn que redujese la velocidad. Tres minutos más tarde, lanzaba una imprecación.

—¡Ha vuelto a detenerse! Ese tipo ya me está fastidiando…

Saintjohn se salió a la izquierda de la carretera, encendió un cigarrillo y frunció el ceño. Casi cinco minutos más tarde, su ceño estaba todavía más fruncido.

—¿Sigue parado? —musitó.

—Claro. La señal…

Saintjohn arrancó, con tal rugido de motor que las palabras finales de su compañero no fueron audibles. No llevaban recorrida ni siquiera una milla cuando Ahsbury tocó un brazo a Saintjohn.

—Para… Tiene que estar aquí mismo. A menos de doscientas yardas…

Saintjohn contempló hoscamente a su compañero, y luego miró la recta carretera, que se perdía no menos de dos millas más allá, en la sombría luz del atardecer.

—¿A menos de doscientas yardas? ¿Dónde?

También Ashbury estaba atónito.

—No sé… Sigue. Despacio. Quizá se haya metido entre los árboles, y ahora sí podemos verlo con alguien… Ese sujeto está complicándolo todo.

Doscientas yardas más adelante, Saintjohn detuvo el coche, porque la señal que recibía el receptor era tan fuerte que Número Uno tenía que estar allí mismo, prácticamente junto a ellos. Ashbury salió del coche, abandonó la carretera, y se metió entre los árboles, con el receptor… Regresó segundos después, corriendo como un loco, demudado el rostro. Se metió en el coche, gritando

mientras mostraba el estuche donde había estado el dinero.

—¡Se ha dado cuenta! ¡Lo hemos perdido!

Saintjohn, no menos pálido que su amigo, sacó una pequeña radio de bolsillo, accionándola.

—¿Mayfair? —gritó.

—Dime.

—Escucha, ese hombre nos ha tomado el pelo… Lo hemos perdido camino de Birmingham, así que Spyking nos va a hacer papilla a los cuatro si no lo encontramos pronto de nuevo.

—Cálmate. Si viene hacia Birmingham, nosotros lo veremos… ¿Cómo es su coche?

—Un «Austin» negro, de alquiler.

—Tranquilo. Estamos esperándolo en una curva, para relevaros por si él se había dado cuenta. No puede pasar sin que lo veamos. A menos que haya tomado algún camino vecinal.

—¡Si ha hecho eso, estamos…!

—Ahí llega.

—¿Cómo?

—¡Ahí llega el coche! Vamos a encargarnos de él. Lo dejaremos pasar y lo seguiremos. Vosotros venid detrás nuestro, tranquilos.

—De acuerdo. Hasta luego —cerró la radio, suspiró, y movió la cabeza en un gestó de alivio—. Menos mal que nos hemos dado cuenta a tiempo: Pendleton y Mayfair se van a encargar de él ahora…

* * *

—Ahí llega —dijo Mayfair—. Síguelo cuando haga medio minuto que haya pasado.

—Bien.

Con las manos sobre el volante, Pendleton quedó inmóvil, fija la mirada en la carretera, que se veía entre los árboles. El coche negro estaba ya muy cerca, y Mayfair que lo estaba viendo pasar entre árbol y árbol, lanzó una exclamación.

—¿Qué…?

—¡El coche va solo! ¡No hay nadie al volante!

Justo entonces pasaba el «Austin» por la línea visual que había elegido Pendleton, el cual quedó definitivamente estupefacto al

comprobar que, en efecto, el vehículo no llevaba conductor, siguiendo su marcha lentamente…

—Pero…

—¡Es un truco de ese individuo! ¡Debe ir agazapado! ¡Vamos a comprobarlo!

—Si hacemos eso, él nos verá, y comprenderá que lleva otro coche detrás. Quizá sea eso lo que quiere, para poder burlarnos…

—¡Te digo que salgas! ¡Vamos a cortarle el paso al coche! ¡Va tan despacio que lo alcanzarás enseguida!

Pendleton puso en marcha el motor, salió a la carretera, y se lanzó en pos del «Austin», que continuaba lentamente, describiendo la curva como por puro milagro. Los mandos debían ser muy suaves…

A toda velocidad, Pendleton pasó el «Austin» cruzando al lado derecho de la carretera. Los dos hombres miraron hacia el interior del coche, pero no pudieron ver a nadie. Si aquel hombre iba dentro, se estaba plegando sobre sí mismo con una flexibilidad increíble.

—Parece que el coche va solo —casi tartamudeó Pendleton.

—¡Crúzate delante! ¡Hay que parar ese coche como sea!

Pendleton movió el volante, hundió el freno a tope, y el coche quedó cruzado en la estrecha carretera comarcal, a menos de quince yardas del «Austin», que, de pronto, y antes de que Mayfair y Pendleton tuvieran tiempo de abandonar su vehículo, aumentó poderosamente la velocidad, lanzándose como un bólido. Aterrados, petrificados por el asombro y el espanto, los dos vasallos de Spyking I no tuvieron tiempo de nada: el «Austin» llegó, y golpeó fuertemente contra el lado izquierdo del coche de ellos. Ruido de chapa abollada, cristales rotos, rechinar de neumáticos…

Mayfair fue lanzado de lado, contra la portezuela derecha, y su cabeza golpeó allí con tal fuerza que perdió el sentido instantáneamente. Pendleton chocó contra su propia ventanilla, y quedó semiaturdido, silbándole los oídos, dándole vueltas la cabeza… Salió del coche, tambaleándose, borrosa la visión. Cuando ésta se aclaró, vio al gigante bronceado caminando hacia él, tranquilamente. El asombro ante la fortaleza de aquel hombre le duró bien poco a Pendleton: inmediatamente, por instinto, llevó la mano al sobaco izquierdo, sacó la pistola…, y una zarpa de hierro

se clavó en su muñeca, desvió el brazo, y, antes de recibir en pleno vientre el espantoso puñetazo que lo dejó sin sentido, Pendleton todavía pudo ver la seca sonrisa de aquel hombre capaz de resistir sin el menor contratiempo el choque fortísimo entre dos coches. Sólo eso.

Número Uno le asió por el cuello de la chaqueta, y lo tiró dentro del «Austin» como si fuese un muñeco de paja. Hizo lo mismo con Mayfair, y pasó al volante de los vasallos de Spyking. El motor se había calado, así que sólo tuvo que mover la llave para ponerlo de nuevo en funcionamiento. Dio marcha atrás, haciendo crujir las planchas de ambos vehículos, separándolos.

Luego, al mismo tiempo que movía el volante hacia la derecha para enfilar la carretera en dirección a Birmingham, hundía el acelerador.

El coche salió disparado… hacia los árboles, sin que el movimiento del volante influyese en su dirección. Y tan sólo una décima de segundo tarde, impidiéndole esa pérdida de tiempo saltar oportunamente del coche, Número Uno comprendió que la dirección se había roto con el choque.

Luego, el árbol tembló al recibir el formidable impacto de la máquina, el volante se hundió en las costillas de Número Uno, su frente golpeó forzando el cuello contra el volante, rebotó, y quedó tendido hacia atrás, cara al techo del auto, cerrados los ojos, con una fina raya de sangre resbalando por su frente hacia la sien derecha.

Mala suerte.

Por supuesto, Número Uno ya no iba a poder llegar a Birmingham.

Capítulo II

—¿El señor Tomasini? —sonrió el conserje del England Hotel de Birmingham—. Se fue hace cuatro días, señorita.

El conserje se sintió triste cuando vio la consternación en el bellísimo rostro femenino. Era una pena causar preocupación a tan linda dama. ¡Era tan angelicalmente hermosa…! Rubios los cabellos, sonrosada la boquita, grandiosos los ojos de color violeta… Y tenía un cuerpo absolutamente sensacional. Además, era elegante, simpática, dulce, maravillosa… ¡Era un sueño, qué demonios!

—Cuatro días —musitó ella—. ¿Y no dejó ningún recado?

El conserje señaló la casilla número veinticuatro.

—No, lo siento. La verdad es que fue de un modo… raro.

—¿Raro?

—Muy raro. Hace cuatro días, por la tarde, salió del hotel. Y a la mañana siguiente, se había ido.

—Temo que no comprendo —quiso sonreír la bellísima joven.

—Verá… Salió por la tarde, y debió volver muy entrada la noche, hizo sus maletas, y se fue. Ni siquiera mi compañero del turno de noche lo vio… Desde luego, pagó su hospedaje, sí, naturalmente. Dejó dinero más que suficiente. Nosotros pensamos que había tenido algún asunto urgente, y para no molestar a nadie a horas tan tardías, decidió hacerlo de ese modo.

—Entiendo ahora, sí. ¿Tiene usted una habitación para mí? Es muy posible que él vuelva una vez solucionado ese asunto, y quisiera esperarlo.

—Perfectamente.

—¿Puedo quedarme con la veinticuatro?

—Sí, desde luego, con gusto. ¿Tiene usted equipaje?

—Está en un taxi, afuera.

—Bien. Enviaré a un botones a recogerlo y a despedir el taxi…

¿Quiere firmar, por favor?

La bellísima joven asintió con la cabeza; pero antes de firmar, abrió aquel graciosísimo maletín rojo con florecillas azules, y sacó su pasaporte, que colocó en el mostrador. Pasaporte americano… El conserje le echó un vistazo mientras ella firmaba: Lili Connors, periodista, residente en Washington… Americana, como queda dicho.

La señorita Connors firmó, alzó la cabeza, y preguntó:

—¿Conoce usted el palacio que está en las nubes?

El conserje quedó boquiabierto unos segundos.

—¿Cómo? —exclamó al fin.

—Algún palacio que esté en las nubes… Bueno —sonrió deliciosamente—, me refiero a algún palacio al que se denomine así por estos lugares… A veces hay costumbres locales… ¿Comprende?

—Pues… Sí, entiendo, sí. Pero no sé nada de ningún palacio al que se llame así. Y francamente, por aquí no hay palacios, señorita Connors. Castillos sí hay bastantes, pero no palacios, que yo sepa.

—Ya. Quizá sí conozca un lugar llamado Black Cock Road-House.

—Ah, eso sí —se iluminó el rostro del hombre—. Es una posada-parador en la carretera hacia Shrewsbury; está un par de millas antes de llegar a Shrewsbury. No tiene pérdida.

—Espléndido. ¿Dónde puedo alquilar un coche?

—Hay una «rent-a-car» en esta misma calle… Pero nosotros podemos encargarnos de alquilárselo, con mucho gusto. También le alquilamos uno al señor Tomasini.

—¿En la «rent-a-car» de esta calle?

—Sí, sí. Me encargaré de…

—No. No, gracias… Iré yo misma. Sí le agradeceré que pague el taxi, pues por el momento sólo dispongo de moneda americana. Suban mi equipaje. Yo vuelvo enseguida.

—¿Quiere que le subamos también el maletín?

—No, gracias. Hasta ahora.

Lili Connors salió a la calle, miró a ambos lados y vio el letrero indicador de la «rent-a-car». Dos minutos más tarde, estaba conversando con el encargado, que sonreía de oreja a oreja, para que digan de la flema británica.

—Oh, sí… Un caballero muy educado el señor Tomasini —tuvo

que admitir—. Nos tiene alquilado un «Austin».

—¿No lo ha devuelto?

—Todavía no. Hace… tres días llamó por teléfono, dejó el recado de que tenía que hacer un viaje hacia el Norte, y ya no hemos sabido más de él.

—¿Llamó él personalmente por teléfono?

—Supongo que sí. La verdad es que no es persona muy habladora, y yo sólo había cambiado unas palabras con él cuando le alquilé el «Austin». Él me dijo que era Angelo Tomasini, y que se iba unos días de viaje… Me pareció normal. ¿Ha ocurrido algo?

—Por supuesto que no… Es que he venido exprofeso para verlo aquí, en Birmingham, y resulta que se ha marchado. Bien, lo esperaré… ¿Podría alquilarme un coche a mí?

—Naturalmente. ¿Quiere usted que le demos algún recado al señor Tomasini si vuelve a llamar o regresa del viaje?

—Pues… No. No, gracias. Él ya sabe que yo tenía que venir. Si se ha marchado será por algo importante… ¿Puedo quedarme aquél?

Señaló un pequeño «Mini-Morris» de color guinda, y el encargado de la «rent-a-car» sonrió.

—Desde luego. Es veloz como una bala…

—Estoy en el England Hotel. Allí tienen mi pasaporte, y depositarán lo que sea necesario para el alquiler. ¿Pueden dejarme el coche delante del hotel dentro de quince minutos?

* * *

Quince minutos más tarde, dio por terminada la investigación en la habitación veinticuatro. No había ningún indicio que pudiera orientarla. Simplemente. Uno había estado allí…, y ahora, al parecer, estaba de viaje por el Norte de la isla… ¿Cierto?

Del doble fondo del maletín rojo con florecillas azules, sacó una tarjeta postal, a colores, que miró brevemente. Mostraba una especie de parador del camino, con estacionamiento bajo unos chopos, ventanas a cuyo pie había macizos de flores, y, en lo alto del ángulo del tejado, una veleta en forma de gran gallo negro. En la parte blanca, al dorso, se explicaba que era el Black Cock Road-House, en Shrewsbury, Shrophire, Inglaterra. Esto, en letras

pequeñas, de imprenta, naturalmente. A mano, con la inconfundible letra de Número Uno, ponía:

«Quizá no llegue nunca al England Hotel, de Birmingham. Pero el viaje ha valido la pena, porque he visto un palacio en las nubes.

Angelo».

—Un palacio en las nubes —musitó—. No lo entiendo… Uno es siempre exacto en todo: ¿por qué un palacio, y no un castillo, ya que lo que hay por aquí son castillos y no palacios? Y luego, esto de «en las nubes»… Un palacio en las nubes. Naturalmente que significa algo, pero…, ¿qué? Bien, quizá en ese parador…

El timbrazo del teléfono la sacó de su meditaciones. Descolgó el auricular.

—¿Diga?

—Oh, sí, el coche… Lo estaba esperando. Mmm… Voy a dejarle en depósito cinco mil dólares: ¿puede usted prepararme doscientas o trescientas libras ahora mismo, para algunos gastos…?

—Gracias, muy amable. Bajo ahora mismo.

Colgó, echó un vistazo alrededor, frunció el ceño, y salió de la habitación.

Naturalmente, tenía que ir al Black Cock, última pista de que disponía Quizá allí pudieran decirle algo más sobre Número Uno.

* * *

La joven y linda camarera asintió inmediatamente. Con toda lógica, la señorita Connors se había dirigido a ella para hacer la pregunta, sabiendo que una mujer siempre se fija más en los hombres. Sobre todo, en los hombres como Número Uno.

—Lo recuerdo perfectamente —aseguró—. Sí, era tal como usted lo ha descrito: tan alto, moreno, ojos negros… Era fantástico. Estuvo aquí hace tres o cuatro días. Por cierto que a poco de haber salido él, entró un hombre para preguntarme qué había hecho ese caballero.

—Ah. ¿Conocía usted a ese otro hombre?

—No, no… Además, no valía la pena —guiñó un ojo—. Sobre todo, si lo comparábamos con el otro, usted entiende.

—Sí, entiendo —sonrió Lili—. Y dígame: ¿qué es lo que hizo el otro?

—¿El guapo, quiere decir?

—El guapo.

—Bien… Tomó café, luego fue al lavabo, después sacó un paquete de cigarrillos de aquella máquina —la señaló, junto a la entrada—, y se fue. Nada más. ¿Por qué lo buscan?

—Pues el hombre que entró después de él, no sé. Yo le busco por amor.

—¿Por…? —La camarerita se echó a reír—. ¡Me parece muy bien, de veras! ¡Ustedes deben hacer una pareja sensacional!

Lili Connors estuvo durante un par de segundos contemplando el soporte lleno de postales de la región, y especialmente de la posada, que tenía junto a ella, sobre el mostrador. No había nada más fácil en el mundo que tomar una de aquellas postales, incluso robarla en un par de segundos.

—Es usted muy amable —musitó—. ¿Dónde está el lavabo, por favor?

—Al fondo —señaló la muchacha.

—Gracias. Cobre el café, y… también una de estas postales. Esta misma —sacó una, y la miró; era idéntica a la que ella había recibido hacía veinticuatro horas—. Deme alguna moneda que vaya bien para la máquina de cigarrillos.

La camarera entregó el cambio del billete, señalando la moneda que permitiría a la cliente obtener un paquete de cigarrillos de la maquina. Lili Connors dejó una sustanciosa propina, y fue al lavabo. Había para *Ladies* y para *Gentleman*. Entró en el de caballeros, sin vacilar. No había nadie. Colocó la postal en la palma de su mano izquierda, y simuló escribir en ella las mismas palabras que contenía la que había recibido. Luego, salió, cruzó el bar, directa hacia la máquina expendedora de cigarrillos, metió la moneda, y tiró del cajetín… Mientras tanto, miraba fijamente el pequeño buzón de madera del Black Cock Road-House, delante mismo de ella, un poco a la derecha.

Por fin, salió de la posada, y miró a todos lados. A su izquierda, el estacionamiento bajo los chopos. Delante y a la izquierda, la carretera que llevaba a Shrewsbury; delante y a la derecha, la que llevaba a Birmingham.

Entró de nuevo en la posada. La camarerita la miraba con expresión intrigada, que se trocó en pasmo cuando Lili preguntó:

—¿Usted sabe si hay por aquí algún palacio en las nubes?
—¿Un pa…? No… Desde luego, que no.
—Pero hay castillos.
—Castillos, sí —rió la muchacha—. Hay varios castillos, y tenemos más nubes de las que deseamos, pero… no sé de ningún palacio… Y menos, en las nubes. Oiga… ¿están ustedes buscando exteriores para alguna película?
Lili Connors la miró con expresión sobresaltada.
—¡Sssst! —Se llevó un dedito a los labios—. Por favor, señorita no alce la voz…
—¿Van a hacer una película por aquí?
—Pues… Bueno, la verdad es que sí. Pero… le agradecería que no lo divulgase, por el momento. Se lo ruego: sea discreta. Ya nos iremos viendo.
—Muy bien… ¡Ya decía yo que era un hombre demasiado guapo! ¡Y usted también es demasiado guapa! ¡Claro…, artistas…!
—Guárdenos el secreto —sonrió Lili Connors—. Hasta pronto.
—Hasta pronto.
Sonriendo, Lili Connors se dirigió a su coche, entró, y salió a la carretera, emprendiendo la ruta hacia Shrewsbury, naturalmente. Si Número Uno no estaba en Birmingham, tenía que estar hacia la dirección opuesta… seguramente.
Poco después, cruzaba Shrewsbury, le dejaba atrás, seguía por la solitaria carretera… El día era tan plomizo, tan gris, tan tristísimo, que miró su relojito… Qué barbaridad: las cuatro y media, y parecía que fuese a llegar la noche de un momento a otro… ¡Y eso, en finales de mayo! Desde luego, aquel año de mil novecientos setenta y uno sería recordado con disgusto, porque prácticamente no habría habido primavera…
El primer castillo lo vio de pronto, en un llano, rodeado de árboles altos y hermosos, de un color verde oscurísimo. Cerca del castillo debía pasar un riachuelo, porque se veían muchas cañas. No hacía viento, ni lo más mínimo. Quizá era por eso que las nubes permanecían inmóviles, como un sombrío techo, henchidas de lluvia que podían desprender de un momento a otro. Todavía vio, en los veinte minutos siguientes, dos castillos más, dando vueltas por caminos vecinales en aceptable buen estado, aunque algo embarrados. Debía haber llovido la noche anterior… y varias

noches anteriores, sin duda. ¡Con lo bien que se debía estar en las Bahamas!

De nuevo en la carretera, frenó al ver el gran cartel de letras descoloridas, en la entrada de un camino:

PROPIEDAD PRIVADA Prohibido el paso

Para una persona corriente, aquello quería decir que no se debía entrar en aquel camino. Para la señorita Connors, aquello fue, precisamente; lo que la obligó a entrar en aquel camino que subía, subía, subía… A marcha lenta, con gran cuidado, fue ascendiendo más y más, acercándose a las nubes.

Y por fin, vio el castillo.

Allá estaba, en lo alto, medio oculto por las nubes más bajas, que parecían coronarlo.

Durante unos segundos, estuvo contemplándolo, entornados los bellísimos ojos. Por fin, abrió el maletín, sacó un paquete de cigarrillos, y tiró de uno de ellos, musitando enseguida:

—¿Uno?

Silencio.

Bajó el cigarrillo, lo volvió a subir, y musitó de nuevo:

—¿Uno? He llegado. ¿Me oyes?

Silencio.

Silencio absoluto. Igual que cuando lo había llamado dos veces, desde el hotel. Silencio.

Guardó la radio, sacó la pistolita de cachas de madreperla, y la deslizó en el escote. Luego, metió el coche bajo unos árboles, apagó el motor, y miró su relojito. Por fin, se acomodó en el asiento, y se dispuso a esperar.

El silencio era extraordinario, extraño, tan completo, que parecía estar compuesto por aquellas nubes, como si formasen un muro que aislase aquel lugar del resto del mundo… De pronto, se vio luz en varias de aquellas alargadas ventanas, y como contraste, pareció que la oscuridad se espesase en el exterior, bajo la corona de nubes. Esperaría una hora. Ni un minuto más.

* * *

No sin esfuerzo, consiguió al fin abrir una de las hojas de aquella ventana altísima, de cristales emplomados. La empujó cuidadosamente, y acuclillada en el anchísimo alféizar de piedra, miró al interior de aquel aposento del castillo. La oscuridad era ya completa, de modo que no pudo ver nada.

Se pasó el asa del maletín por la muñeca izquierda, se asió luego con ambas manos al montante de la ventana, y quedó colgada, con las piernas paralelas al suelo, sosteniéndolas en plancha debido a la contracción de los músculos abdominales. Las fue bajando lentamente, hasta que tocó el suelo. Afirmó bien los pies, se soltó de la ventana, y la empujó. Sacó la pistolita del escote, y permaneció inmóvil, hasta que comenzó a distinguir algunos objetos… Delante de ella, la puerta, grande, maciza.

Probó la gran manilla, que cedió fácilmente. Abrió un centímetro, y a fuera sólo vio oscuridad. Acabó de abrir, salió…, y la luz se encendió, de pronto, iluminando el ancho pasillo volante, con gruesa balaustrada de piedra, que debía cernirse sobre el enorme vestíbulo.

Habían tres hombres allí. Uno a su derecha, otro a su izquierda, y otro enfrente de ella. Tres elegantes y apuestos caballeros, que la apuntaban con sus pistolas, sin aspavientos, sin truculencia de ninguna clase.

Se quedó mirando de hito en hito al que tenía delante, que sonrió cortésmente.

—Tenemos prisionero a Número Uno —dijo—. Usted puede elegir entre hacerle compañía o morir matando.

Lili Connors asintió con la cabeza. Hizo dar la vuelta a la pistolita, y la tendió hacia el hombre, con la culata por delante. Saintjohn se adelantó, tomó la pistolita, y, con delicadeza privó a Lili del peso del maletín rojo con florecillas azules.

—Tenga la bondad de ponerse cara a la pared, con las manos bien altas y apoyadas en ella. Esto va a ser violento para mí, pero debo hacerlo.

Lili se volvió, obedeciendo en todo. Notó las manos del hombre por su cuerpo, en busca de más armas, que no existían; al menos así debió pensar aquel hombre, que le pidió que se quitara el ligero abrigo, lo palpo y lo pasó a uno de sus silenciosos compañeros.

—Le ruego que se quite los zapatos.

Ella obedeció, en silencio. Saintjohn los recogió, los examinó, no poco concienzudamente, y movió los tacones, con fuerza bien controlada. Pero, al parecer, tampoco había truco ahí, así que los depositó en el suelo, y Lili volvió a calzarse.

—Venga —dijo Saintjohn—: mientras comunicamos su visita a Spyking, usted puede ver a Número Uno.

Se dirigió a la escalera, y ella le siguió, llevando detrás a los otros dos hombres. Llegaron al enorme vestíbulo de grandes losas, lo cruzaron, entraron en una gran estancia amueblada como si aún estuviesen en los tiempos de Robín Hood, y por fin se detuvieron ante una puerta que había al fondo, con la enorme llave puesta.

Saintjohn abrió la puerta, la empujó, y señaló el oscuro interior de aquel aposento.

—Encontrará el interruptor de la luz a su derecha —dijo.

Lili Connors entró, la puerta se cerró tras ella, se oyó el girar de la llave.

En seguida, vio a Número Uno.

Capítulo III

Estaba tendido cara al techo en un potro de tortura, una de aquellas increíbles máquinas medievales capaces de descuartizar a cualquier hombre al entrar en funcionamiento. Había dos ruedas dentadas, que se movían al bajar una palanca, y entonces, las cadenas se iban enrollando, estirando así las piernas y brazos del torturado, sujetas a grilletes cerrados en sus muñecas y tobillos. Al parecer, a Número Uno no le había llegado todavía el momento de sufrir tan simpática tortura, pero, puesto que estaba allí encadenado, era de suponer que aquel plan estaba en los proyectos de alguien, tarde o temprano.

Uno estaba desnudo de cintura para arriba, y tenía un gran parche, de esparadrapo en un costado. En la frente, otro trozo de esparadrapo, sosteniendo unas gasas. La miraba fijamente, entornados los ojos, en silencio. De pronto, sus ojos fueron hacia un rincón del techo, brevemente, y volvieron a bajar. Lili Connors miró hacia allí, vio el pequeño micrófono, asintió con la cabeza, y se acercó al mejor espía de todos los tiempos.

—Te traía cigarrillos —dijo—, pero me los han quitado.

—Lástima. ¿Has tenido buen viaje?

—Sí, gracias. ¿Estás bien?

—Choqué con el coche contra un árbol, y me partí un poco la cabeza. También tengo dos costillas rotas, pero me están atendiendo debidamente. Hay médico aquí.

—Lo celebro.

—Veo que entendiste mi mensaje.

—Finalmente, sí. Pero creo que en lugar de poner «palacio» debiste poner «castillo»… ¿O no?

—Quizá. Pero, puesto que aquí hay un rey, yo opiné que esto debía ser llamado palacio.

—Ah, claro. ¿Un rey? ¿Qué rey?

—Spyking I, Rey de los Espías.

—¿Rey de los Espías? ¿Y con qué derecho se atribuye esa realeza estando tú vivo?

—Por lo menos, él tiene corona, y yo no.

—¿Es un loco?

—No.

—Entonces…, ¿es mejor espía que tú?

—Lo dudo mucho, camarada Katia Klimenko.

Lili Connors parpadeó velozmente.

—No has debido pronunciar mi verdadero nombre —musitó—. Estoy en Inglaterra con el nombre de Lili Connors, ciudadana americana.

—Lo siento. Y lo tendré en cuenta… Pero no te preocupes: nadie nos oye ahora. Podemos hablar tranquilamente, Katia.

—¿Quieres que intente quitarte estas cadenas?

—No podrás. Es absolutamente imposible que lo consiga yo solo, y me parece que tampoco tú podrías quitarlas.

—Entonces, no hace falta que me moleste… ¿Y bien?

De un gracioso saltito se sentó en el «potro», junto al torso de Número Uno, y miró a su alrededor con evidente desagrado. Paredes desnudas, eso era todo.

—Uno de mis hombres me envió aviso de que alguien estaba buscándome —dijo Número Uno—. Aseguró que ofrecían excelentes condiciones para un trabajo hecho a mi medida, así que…

—Conozco todo ese mecanismo. Bien, llegaste aquí. ¿Qué más?

—Spyking I me ofreció que trabajase para él, que fuese uno de sus… vasallos.

—¿Aceptaste?

—Sí. Pero, al parecer, él no confiaba en mí, así que me hizo vigilar, lo cual no me gustó nada. Preferí contar con tu ayuda, de modo que te envié la postal desde el Black Cock, y luego pensé que podía darles una lección a los vasallos de Spyking. Lo hice, pero surgió un impoderable: el coche que tomé tenía rota la dirección, y me estrellé contra un árbol junto a la carretera. Cuando desperté, estaba aquí.

—Entiendo. ¿Me necesitabas para algo importante?

—Creo que sí. Spyking debía darme instrucciones dos o tres días más tarde, pero, después de lo que hice con sus hombres, se

molestó. He intentado explicarle que sólo lo hice porque me fastidia que me vigilen, y que sigo dispuesto a hacer el trabajo, pero… ni siquiera se ha dignado recibirme.

—Ya. ¿Qué clase de trabajo era?

—Entendí que había que asesinar a alguien importante.

Lili Connors volvió a parpadear velozmente.

—Comprendo. Y comprendo también ahora que me avisases a mi. Pero, según parece, ese Spyking ha decidido… prescindir de nuestros servicios. ¿Cuánto pagaba?

—Veinticinco mil libras.

—¿Para cada uno?

—No. Era el precio total de la operación. Siento haberte metido en esto para nada, Katia.

—Bueno… Son las desventajas de haber dejado de trabajar para la MVD hace tiempo. Pero, puesto que hace tiempo decidí trabajar por mí cuenta, y contigo he hecho buenos negocios, vamos a aceptar este contratiempo con serenidad. ¿Cuánto habías pensado pagarme esta vez?

—Cinco mil libras.

—No está mal. Siempre has sido generoso, Número Uno. Pero… esta vez las cosas están diferentes. Si consigo convencer a ese Rey de los Espías de que estamos dispuestos a hacerle el trabajo, y que está cometiendo un error contigo, ¿me pagarás diez mil?

—No lo convencerás. Yo lo he intentado por medio de sus vasallos, y él no…

—¿Diez mil, Número Uno?

—Trato hecho. Y ojalá lo consigas, Katia. Maldita sea, hay ratos que pienso que Spyking está realmente loco… Dispone ahora de los dos mejores elementos que puede encontrar en toda Europa para ese trabajo, y los encierra. No hay modo de hacerle comprender que lo que hice fue por fastidio, por… cuestión de prestigio: no iba a permitir que cuatro desgraciados se jactaran de haber estado controlando a Número Uno.

—Te entiendo —sonrió Lili Connors-Katia Klimenko—. Si me recibe a mí intentaré convencerlo de que está haciendo el imbécil. ¿Te tratan bien?

—¿Desde cuándo te interesas por mi estado de salud?

—Desde que tú dejaste de interesarte por el mío, Uno.

—¿Todavía me guardas rencor?

—No —musitó Katia Klimenko-Lili Connors—. Fue hermoso mientras duró, pero no podía esperar que durase siempre. En el fondo, creo que estamos mejor así: nada de sentimientos personales en nuestro trabajo.

—Celebro que lo entiendas así, Katia… Lo nuestro ni siquiera debió empezar. Yo dejé a la CIA, tú dejaste a la MVD, seguimos siendo espías por cuenta propia, y las veces que hemos trabajado juntos nos ha ido muy bien… ¿Por qué complicar las cosas? Un americano, una rusa, conveniencias mutuas… Eso es todo.

—Sí… Eso es todo. ¿Cómo hay que hacer para que alguien te atienda, en este lugar?

—No hay nada que hacer. Ellos vienen cuando quieren. Tómalo con calma.

—Si lo tomas tú, que estás cómo un esclavo, yo lo soportaré mejor. Esperaremos.

* * *

En el lujoso despacho del castillo, Spyking y sus vasallos estuvieron todavía un par de minutos pendientes del receptor, hasta que, finalmente. Su Majestad, movió una mano con señorial displicencia.

—Parece que no tienen gran cosa más que decirse —comentó.

—Así parece, en efecto —asintió Saintjohn.

—Son una pareja notable, ¿verdad? —dijo Mayfair.

—Muy notable, sí —aceptó Su Majestad—. Aunque hay cosas que ha dicho esa mujer que no me han gustado. Por el momento, no es Número Uno el rey, ya que está prisionero en mi palacio, ¿no es así?

—Desde luego, Majestad —se apresuró a aprobar Ashbury.

—Parece que ella ama… o amó a Número Uno —deslizó Pendleton.

—Se puede amar lo mediocre cuando no se dispone de lo selecto —replicó ásperamente Spyking—. ¿Es hermosa esa Katia Klimenko?

Hubo un cambio de miradas entre los vasallos.

—Muy hermosa —asintió Saintjohn—. Yo diría que increíblemente hermosa, Majestad.

—¿De veras?

—Bien… Así pensamos nosotros.

—¿Tan hermosa como para llegar a ser Spyqueen, la Reina de las Espías?

Hubo unos segundos de silencio antes de que Saintjohn se atreviese a decir.

—Ya hay en el mundo esa clase de reina, Majestad. Quizá no por su belleza, no sé, puesto que no la conozco, pero como espía es imposible que exista otra no ya mejor, sino tan sólo igual que ella.

—Supongo que te estás refiriendo a esa Baby, de la CIA…

—En efecto.

—Es muy posible que más adelante, cuando todo esté mucho más organizado, me ocupe de Baby. Por el momento, volvamos a esa Katia Klimenko —señaló el maletín, abierto sobre la mesa—. Es una mujer astuta, de grandes recursos. Hay aquí trucos suficientes para salir de cualquier apuro… Sí: es una mujer notable. Aunque dudo mucho que llegase a ser tan eficaz como Número Uno.

—Los dos juntos pueden conseguirlo —aventuró Pendleton—. Dos elementos así no son fáciles de encontrar, Majestad. Y por lo que han hablado, parece que en efecto nos equivocamos con Número Uno: sólo quería darnos una lección, pero estaba dispuesto a hacer el trabajo… Y no podemos demorarlo demasiado, pues nuestros clientes están esperando ya resultados… En cuanto a lo de ocuparse de Baby, no creo que nuestros clientes lo aprobasen, ni muchos menos. Su Majestad no debe olvidar que Baby es para ellos…

—Sé muy bien todo eso —cortó altivamente Spyking.

Se levantó, fue a un fichero metálico, y abrió el primer cajón de la derecha con una llavecita de oro, que llevaba colgando del cuello por medio de una cadenita también de oro. Metió la llave de nuevo bajo sus reales ropajes, y, dejando abierto aquel cajón de la gaveta, abrió otro, más bajo y a la izquierda. Sacó una carpeta, y volvió a la mesa, ocupando de nuevo su realísimo asiento, que tenía grabada una corona en el respaldo.

Depositó la carpeta sobre la mesa, de modo que, en la portada, se vieron claramente, escritas en rojo, las letras CIA. Abrió la carpeta, y sacó tres fotografías de ella. Las tres del mismo hombre: una de cada perfil y una de frente. En colores. El hombre debía tener unos cuarenta y cinco o cincuenta años, de rostro delgado,

triste mirada apagada, cabellos y barba con abundantes canas… Tenía todo el aspecto de un intelectual ascético, sobrio, encerrado en sí mismo, introvertido. Era aún bastante atractivo, de rasgos inteligentes, nobles… Tenía, en definitiva, todo el aspecto suave y tristón del artista intelectual. Al pie de las tres fotografías estaba escrito su nombre: Vladimir Zoshey Ilyenko.

Y las tres fotografías estaban cruzadas de esquina a esquina por gruesas rayas rojas, como tachado aquel rostro por tres veces.

—Sí… Ya no podemos retrasar más este asunto —musitó Spyking I—. Si no lo hacen Número Uno o esa rusa, tendremos que recurrir a uno de nosotros, o a varios…

—Lo cual resultaría altamente comprometido —murmuró Ashbury—. Eso aparte del grave peligro que significará acercarse a Vladimir Ilyenko, pues como ya hemos informado a Su Majestad, está vigiladísimo. Ya consideramos todas las circunstancias, y llegamos a la conclusión de que, en esta ocasión, es mejor arriesgar vidas de personas ajenas al castillo, a la organización de Su Majestad. Por eso se llamó a Número Uno, y puesto que parece que sigue dispuesto a hacerlo…

Su Majestad dio un carpetazo.

—Llevadme a esa mujer al Salón del Trono —ordenó.

* * *

Primero, un brillante destello apareció en los ojos de Su Bellísima Majestad Spyking I al ver a la mujer. Pero eso fue todo. En seguida, alzó desganadamente una mano, y ordenó:

—Inclínate ante mí, Katia Klimenko.

Ahora, el destello apareció en los ojos de la mujer.

—¿Es una broma, camarada? —sonrió.

Saintjohn, que como siempre estaba junto a su monarca, frunció el ceño, y dio un paso hacia adelante, como dispuesto a bajar del sitial del trono para obligar a Katia Klimenko a inclinarse… Pero Spyking movió displicentemente una mano, y el vasallo regresó a su sitio.

—Es sólo una obligación de acatamiento que tienes hacia el Rey de los Espías —dijo—. Sobre todo, si tú eres una espía. ¿Lo eres?

—Sí.

—Entonces, inclínate ante mí.

La divina rubia alzó las cejas, vaciló visiblemente, y, por fin, con una burlona sonrisa en los bellísimos labios, se inclinó, flexionando una rodilla y separando con ambas manos el vestido. Fue una inclinación no sólo perfecta, sino graciosísima, que consiguió hacer sonreír al guapísimo, asombroso Spyking I.

—Es muy posible —dijo éste— que resultes más eficaz que Número Uno, a fin de cuentas. Al menos, tienes más… ductilidad que él.

—No es eso exactamente —dijo la Klimenko—. Lo que ocurre es que no me gusta discutir por tonterías…, Majestad. ¿Cuántas veces más debo inclinarme?

—Con una es suficiente. ¿Sabes que os hemos estado escuchando a Número Uno y a ti?

—No… No lo sabía. Pero, desde luego, no me sorprende… Es un truco vulgar: debimos tenerlo en cuenta.

—Sin duda. De todos modos, para vosotros ha sido favorable el hecho de que estuviésemos escuchando lo que hablabais… Según he entendido, continuáis dispuestos a realizar el trabajo para el cual hice llamar a Número Uno.

—Así es.

—Número Uno ya te ha dicho que se trata de un asesinato.

—Sí.

—Imagino que no es el primero que lleváis a cabo… Quiero decir que llevaríais a cabo en el caso de que lleguemos por fin a un acuerdo.

—No hay nada en espionaje que nosotros no hayamos hecho, ya sea desde que trabajamos juntos en ocasiones, o antes, cuando él trabajaba para la CIA y yo para la MVD.

—Parece que estáis muy seguros de vosotros mismos.

—Más que Su Majestad.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Si Su Majestad estuviese tan seguro de sí mismo y de sus vasallos, no tendría necesidad de recurrir a, gente de fuera del palacio para llevar a cabo un trabajo tan vulgar como es asesinar a una persona o varias.

—Ya entiendo… Sin embargo, en este asunto concurren más cuestiones psicológicas que peligrosas. Cuestiones que me obligan a

utilizar personal ajeno por completo a mí. Por otra parte, este asesinato tiene que ser muy peculiar.

—¿Peculiar? ¿En qué sentido?

—La víctima no aparecerá asesinada, sino… suicidada.

—Entiendo.

—¿Realmente, entiendes?

—Por supuesto. Se trata de asesinarlo, pero, a todos los efectos, deberá parecer que la víctima se ha suicidado… Supongo que ésos son los factores… psicológicos.

—En efecto. Eres una mujer lista, Katia Klimenko. ¿Por qué dejaste la MVD? Cualquier espía de importancia sabe muy bien lo que ocurrió entre la CIA y Número Uno, es decir, que aquélla traicionó, vendió a éste. Pero…, ¿qué pasó contigo? ¿Por qué dejaste de servir a la MVD?

—Por dinero. Estaba harta de jugarme la vida a cambio prácticamente de nada. Me pareció que eso no estaba de acuerdo con la inteligencia que Su Majestad ha tenido a bien admitir en mí.

Spyking I se echó a reír de buena gana, y la Klimenko se quedó mirándolo, como fascinada. Porque, a fin de cuentas, Spyking era un hombre fascinador, no cabía la menor duda. Tan apuesto, tan hermoso, con aquellos bellos ojos color azul claro, los largos cabellos rubios como el oro, su corona, su manto de armiño… Sólo una cosa empañaba la magnífica presencia de Spyking. Una pregunta: ¿estaba o no estaba loco aquel tipo que se había concedido a sí mismo el título de rey…, aunque fuese solamente de los espías?

—Me agrada tu modo de manifestarte —exclamó Spyking—. Y me parece que vamos a llegar a un acuerdo.

—Número Uno y yo estaremos encantados de…

—No.

—¿No?

—Él tendrá que quedarse aquí. Tú sola harás el trabajo.

—Eso es absurdo. Hasta ahora, he sido yo quien ha trabajado a las órdenes de él, en cuestiones secundarias respecto al trabajo encomendado por nuestros… clientes. Si solamente puede ser hecho por una persona, él me parece más indicado que yo.

—Yo no pienso así. Serás tú quien vaya allá, sola. Al menos, aparentemente, ya que algunos de mis hombres estarán cerca de ti,

para poner remedio a cualquier posible fallo por tu parte. Y mientras tú asesinas a nuestro personaje, Número Uno permanecerá en palacio.

—De acuerdo. Pero no encadenado.

—Sabía que me pedirías eso: por eso irás tú, no él.

—No comprendo…

—Comprenderás enseguida. Está claro que durante algún tiempo os amasteis. Por lo que he entendido, él cortó esta clase de relaciones entre vosotros, y seguisteis siendo, simplemente, camaradas de trabajo, por conveniencia. Esto, en cuanto a él se refiere… Sin embargo, por tu parte no fue tan fácil olvidar aquel amor, y tengo la impresión de que, mucho o poco, aún queda en ti el suficiente para desear que a Número Uno no le ocurra nada malo… ¿Acierto?

Katia Klimenko inclinó la cabeza.

—Sí —musitó.

—Bien. En tal caso, tú irás sola a realizar ese trabajo… Si no vuelves, ya sea por voluntad propia o porque hayas fracasado, Número Uno morirá. También morirá si tú recurrieses a amigos tuyos o de él para venir a mi palacio a causar molestias… Eso aparte de que hay aquí dentro siempre no menos de veinte hombres convenientemente distribuidos y armados para evitar con toda eficacia cualquier intento de invasión… ¿Está claro?

Número Sí.

Spyking aprobó con la cabeza, lentamente. Luego, estuvo casi medio minuto contemplando con toda atención a aquella hermosísima mujer de ojos violeta, entornando los suyos, como temiendo que sus pensamientos escapasen por las pupilas.

—Cenaremos juntos —musitó de pronto—. Luego, tomaremos café en mi despacho, y te pondré al corriente de todo lo que tienes que hacer para llegar hasta ese hombre. Es decir, hasta muy cerca de él, ya que está estrechísimamente vigilado… No te va a resultar fácil, pero… tengo la seguridad de que harás lo posible por llevar hasta el final el asunto.

Capítulo IV

—Este es el hombre.

Katia Klimenko tomó el sobre que le tendía Spyking, lo dejó junto a ella en el sofá, y continuó removiendo suavemente el café, para diluir el terroncito de azúcar, Spyking, ya sin corona y sin el manto de armiño, se sentó a su lado, y se quedó mirándola, siempre muy atentamente, sumido en muy personales pensamientos. La Klimenko tomó un sorbo de café, mirando a su alrededor, como fotografiando una vez más todos y cada uno de los detalles del real despacho, especialmente el fichero metálico.

Por fin, depositó la taza en la mesita, tomó el sobre, sacó las tres fotografías, y les echó un vistazo.

—Un ruso —dijo.

—Así es. ¿Le conoces?

—No… Vladimir Zoshey Ilyenko. No le conozco, ni de nombre ni de rostro. Parece un artista.

—Sí. Su aspecto es intelectual.

—¿Quién o qué es?

—Es tu víctima, simplemente.

—¿Por qué hay que matarlo?

—No harás ninguna pregunta más, salvo las encaminadas a la mejor comprensión de tu trabajo.

—Está bien. Y para evitar preguntas, que puedan molestar a Su Majestad, sería conveniente que recibiese la información completa que se me pueda o deba facilitar.

—Perfecta tu actividad. Vladimir Zoshey Ilyenko está viviendo en España, concretamente en Palma de Mallorca. Utiliza el nombre del ciudadano francés Roger Tournier, y vive, solo, sin servidumbre, en un chalet junto al mar… Saintjohn y Mayfair irán contigo a Palma de Mallorca, y te indicarán el lugar exacto. Ahora bien, ten presente que Roger Tournier está muy vigilado, de modo que no

sólo te resultará difícil llegar hasta él, sino que será altamente peligroso. Aun así, tienes que matarlo de modo que parezca un suicidio… Y no disponemos de mucho tiempo para eso.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres o cuatro días como máximo.

—Bien. ¿Quién o quiénes le están vigilando?

—Unos cuantos hombres, eso es todo.

—Francamente, Majestad, no me está facilitando en absoluto un trabajo tan delicado. Si ni siquiera sé quiénes son esos hombres, no será fácil guardarme de ellos.

—Oh, eso no será difícil para una ex espía soviética que además ha trabajado con el famoso Número Uno, querida niña. Es cuestión de perspicacia y de… instinto de conservación. Y no me cabe duda de que estás bien dotada de ambas cualidades. Bien, eso es todo.

—¿Cómo, todo? —exclamó la Klimenko.

—Lamentablemente, no puedo entrar en detalles ni facilitarse ninguna explicación. Nosotros… hacemos el trabajo que nos encargan, y no hay nada más que nos interese.

Un destello irónico apareció en los ojos de Katia Klimenko.

—Según entiendo, Su Majestad está al servicio de alguien… ¿No es así?

—No exactamente. Digamos que hay una… «entente cordiale» entre yo y… otras personas. Pero vamos a dejar ya eso, pues nada más voy a decirte, y mis hombres se están ocupando de lo necesario para que mañana estéis en Palma de Mallorca… ¿Hablas español?

—Sí.

—¡Magnífico! Como Número Uno lo habla, di por sentado que tú también lo hablabas, pero había que asegurarse. Bien, como te digo, mañana al mediodía estaréis en Palma de Mallorca, y tú utilizarás tu pasaporte a nombre de Lili Connors que hemos encontrado en tu maletín…

—También querré llevarme ese maletín, con todo lo que hay dentro.

—Por supuesto. Ya sé que tienes en él gran cantidad de trucos, y, me conviene que así sea, ya que deseo facilitarte al máximo este trabajo. Oh, pero dejemos esto ya, bella Katia. Dime: ¿has pensado alguna vez en ser Reina de las Espías?

Ella lo miró estupefacta.

—¿Cómo? —exclamó.

—Bien… Hay un Spyking, que soy yo. Pero la vida, de un rey es muy solitaria sin una reina, ¿no crees?

—Lo imagino —sonrió la Klimenko.

—No es fácil elegir una reina…

—Cierto —admitió sonriente Katia—. A menos, claro, que se disponga de un cerebro electrónico.

—¿Qué dices?

—Nada… Tonterías mías. Y… temo no haber entendido bien, Majestad: ¿me está proponiendo que yo sea la compañera del solitario Rey de los Espías?

—Es un honor cuyas posibilidades de concesión podríamos… estudiar con cierto detenimiento.

—Ya. Por ejemplo, durante toda esta noche.

—Por ejemplo —admitió sonriente Spyking.

—Temo que mi cabeza no sirve para llevar corona, Majestad.

—¿Lo has probado alguna vez?

—No —mintió la divina espía.

—Es… emocionantísimo. Supongo que me consideras un poco loco por haberme coronado yo mismo, por lucir esa bella corona, pero te aseguro que la merezco. En cierto modo es una… pequeña tontería, una vanidad simpática. Pero te aseguro que está muy acorde con mi posición actual dentro del espionaje mundial.

—No comprendo bien eso, Majestad.

—Te lo explicaré más adelante…, cuando me hayas convencido de que mereces ser Spyqueen es decir, la compañera del Rey de los Espías. Naturalmente, para esto deberás ser la mejor espía del mundo…, del mismo modo que lo soy yo.

—No quisiera disgustar a Su Majestad, pero sobre eso habría que discutir. Hasta el momento presente, el hombre que ha demostrado, al menos a mis ojos, ser el mejor espía del mundo, está en un potro de tortura en un aposento de este castillo…

—Palacio.

—Oh, sí: palacio. Cierto. Respecto…

—Yo te demostraré, a su debido tiempo, que soy infinitamente más importante que Número Uno en el mundo del espionaje.

—Va a ser una demostración difícil, Majestad. Porque, si todo lo que se le ocurre es matarlo a él, pienso que será una demostración

no sólo pobre, sino de impotencia para demostrarlo de un modo más conveniente. Yo he volado mucho junto a Número Uno, y sé que no hay otro hombre como él.

—¿Estás ofendiéndome deliberadamente?

—No. No es eso lo que pretendo. Pero, hagamos una cosa: demuéstreme Su Majestad que es capaz de nadar bajo el agua con tres balas en el cuerpo, de matar a tres hombres armados utilizando sólo las manos, de escapar de Rusia perseguido por centenares de soldados, de entrar y salir de Siberia sin dejar el menor rastro, de eliminar…

—Simples manifestaciones brutales. Yo empleo la inteligencia.

—Me complace decirle a Su Majestad que Número Uno no tiene de tonto ni siquiera la punta de un cabello. Pero, vamos a dejar por sentado que Su Majestad merece la corona… Supongamos que es el mejor espía del mundo, o, al menos, el más importante, ya que parecen concurrir ciertas circunstancias especiales que no conozco bien: en ese caso, no soy yo, lo admito con rencor, la espía que sería digna de llevar el nombre de Spyqueen.

—¿Quién, entonces? Para ser colaboradora de Número Uno, tienes que poseer unas cualidades excepcionales que…

—Hay una espía, al menos, mejor que yo: Baby, de la CIA.

—Ah, otra, vez ese nombre… Sí… Parece que la opinión mundial coincide en eso. Sin embargo, la mujer que yo elija será la espía más importante del mundo, te lo garantizo.

—Eso es un poco difícil mientras Baby esté viva… Y no parece que exista nadie capaz de acabar con ella. Según se asegura, está actualmente ocupando un altísimo cargo en la CIA, lo cual pone en sus manos tanto poder que…

—Spyqueen tendrá mucho más poder que Baby.

—Vamos, Majestad… ¿Más poder que una mujer que tiene tras ella todo el respaldo que significa la CIA americana? ¡Por favor! ¡Eso es imposible!

—Supongamos que además del poder de la CIA, yo te ofreciese el de…

Spyking calló bruscamente. Estuvo unos segundos vacilante, y por su actitud, Katia Klimenko comprendió que Su Majestad no pensaba aclarar nada más. Pero probó fortuna, instándole:

—¿Sí, Majestad? ¿Qué poder además del de la CIA?

—No ha llegado aún la hora de confiar en ti, Katia. Lo siento de veras.

—Entonces, Majestad, yo voy a poner dos condiciones previas para aceptar ese… trono y esa corona. Una: saber quién nos estaría respaldando tan poderosamente. Dos: saber que la agente Baby había muerto.

—No creo que estés en situación de poner condiciones.

—Ciertamente. Su Majestad es muy dueño de utilizar la fuerza, la brutalidad, la violencia, para conseguir disponer durante una noche de una… candidata a Spyqueen… A prueba, naturalmente. Cabría preguntarse, en este caso, si eso es digno de un rey.

Spyking I respingó, y se quedó mirándola hoscamente… De pronto, sonrió, y dio un golpecito amable en una mano de Katia Klimenko.

—Eres muy astuta —acabó de reír—. Y tan hermosa, tan, tan bella, Katia, que por esta noche lamento ser rey. Ciertamente, mi comportamiento no sería digno de mi corona.

—Así lo pienso yo. ¿Puedo retirarme, Majestad?

Spyking entornó los ojos, de nuevo para ocultar la expresión con que miró el bellísimo cuerpo femenino. Por fin, se pasó la lengua por los labios, y asintió.

—Tienes un aposento preparado —musitó, algo ronca la voz—. Saldréis mañana a las ocho.

—De acuerdo. ¿Puedo ir a ver a Número Uno?

—Sí, por supuesto.

—Gracias. Respecto a él: ¿cómo estará… atendido durante mi ausencia?

—Seguirá prisionero en su aposento.

—Me parece bien, pero, sin cadenas ni potro de torturas. Además, le llevarán todo lo que pida. Y otra cosa más, Majestad: Número Uno y yo llevamos bastante tiempo trabajando juntos, con lo cual hemos desarrollado una especie de… comunicación telepática. Si algo le ocurriese, yo lo sabría.

—Tonterías.

—Será mejor que no hagamos la prueba…, Majestad.

Se puso en pie, y Spyking la imitó rápidamente. La tomó por los brazos, que parecían de seda dorada, y se quedó mirando fijamente los hermosos, grandísimos ojos color violeta.

—¿Tanto le amas? —musitó.

Katia Klimenko movió negativamente la cabeza.

—En realidad —susurró—, estoy empezando a darme cuenta de que he dejado de amar a Número Uno, Majestad. Pero me gustan las cosas limpias y claras. Por eso dejé a la MVD, y por eso quiero ser fiel profesionalmente a Número Uno. Le ame, o no le ame, él merece que mi comportamiento con él sea tan leal como él ha sido siempre conmigo. Él es americano, y yo rusa, pero… nunca tuve un compañero como él. No sé si me explico lo bien que quisiera…

—Desde luego que sí. Eres muy hermosa, Katia Klimenko… Tanto, que ambos deberíamos… esforzarnos en orientar las cosas de modo que pudieras llegar… a ser Spyqueen…

La atrajo hacia él, lentamente, y la besó en los labios. Katia Klimenko no reaccionó en ningún sentido. Quedó inmóvil, sin protestar, pero sin colaborar tampoco en el beso… Era como tener en los brazos a la más hermosa muñequita del mundo, de modo que Spyking se decepcionó muy pronto, y la apartó.

—Puedes retirarte —murmuró sordamente.

Lili Connors-Katia Klimenko, volvió a inclinarse ceremoniosamente, graciosamente, sonriendo.

—A los pies de Vuestra Majestad.

* * *

Primero le soltaron los pies, y luego las manos. Entonces, tranquilamente. Número Uno se sentó en el potro de tormento, y miró a Katia Klimenko, frotándose las muñecas. Junto a él, de pie, pistola en mano, estaban Ashbury y Pendleton; al otro lado, Saintjohn, que se había encargado de soltar a Número Uno.

—¿Has convencido a Spyking? —preguntó éste.

—Sí. Pero el trabajo lo haré yo sola: tengo que ir a Palma de Mallorca a matar a un ruso llamado Vladimir Zoshey Ilyenko… ¿Lo conoces?

—Yo no. ¿Y tú?

—Tampoco. Está allá con el nombre de Roger Tournier, ciudadano francés, en un chalet donde vive completamente solo. Tengo que matarlo, pero de modo que parezca que se ha suicidado.

—No va a ser fácil, Katia.

—Espero conseguirlo. Te he traído cigarrillos —le tendió un paquete y un estuche de fósforos—. También he llegado a un acuerdo con Spyking para que seas tratado debidamente durante mi ausencia.

—Gracias —Número Uno acabó de encender el cigarrillo, y miró inexpresivamente a Katia Klimenko—. ¿Cuándo partes?

—Mañana temprano.

—Feliz viaje.

* * *

El viaje terminó en el aeropuerto de Son San Juan, a las once cuarenta minutos del día siguiente. Bajo un sol radiante, el poderoso *jet* tomó tierra; desde lejos, podría haber parecido que iba a sumergirse en el mar intensamente azul, salpicado de blancas crestas de espuma. A lo lejos, antes de tomar tierra, destacó la ciudad de Palma de Mallorca, en la transparencia del día. Al menos, no cabía duda de que aquello era lo más parecido a las Bahamas. Y, al decir de muchísimos viajeros, incluso mejor.

Como quiera que Saintjohn y Mayfair utilizaban sus verdaderos nombres y correspondientes pasaportes, y Lili Connors una perfectísima falsificación, no hubo nota alguna de destacar en su entrada aérea en España. Habían viajado por separado, como si no se conociesen, y así salieron finalmente del edificio del aeropuerto. Saintjohn y Mayfair llevaban cada uno un maletín de viaje, muy serio, muy inglés. Sólo eso. Por supuesto, no llevaban armas. La señorita Lili Connors llevaba una maleta y su maletín rojo con florecillas azules, bajo cuyo doble fondo estaba perfectamente oculta la pequeña y plana pistolita de cachas de madreperla.

Mayfair y Saintjohn subieron a un coche particular que, evidentemente, les estaba esperando. Y en él, conversando con el conductor, partieron en pos del taxi que tomó la señorita Lili Connors, hacia la ciudad de Palma. Pero no era éste el destino, sino que el taxi cruzó la ciudad, pasó luego por Cala Mayor, San Agustín, Portáis Nous; y, finalmente, se detuvo en la pequeña localidad llamada Palma Nova, a catorce kilómetros de Palma de Mallorca, en la costa. Allí, el propio taxista decidió qué hotel convenía a su simpática viajera, de modo que la llevó al Blaucel.

A la una y media, la señorita Connors almorzaba en el comedor del hotel. A las tres, dormía apaciblemente una siesta. A las cuatro y media, despertó, se bañó, se duchó luego con agua fría, y se puso una minifalda sensacional y un jersey color malva que resultaba despampanante. A las seis, salió del hotel; y, en la siguiente esquina, apareció el coche en el que habían viajado Saintjohn y Mayfair. Pero en el coche no estaban estos dos vasallos, sino el conductor que los había recogido en Son San Juan. Sin mediar explicación alguna, sin que ambos hubiesen pronunciado una sola palabra, el coche siguió su camino, hasta dejar atrás, pero muy cerca, Palma Nova, por una carretera de segundo orden que, bordeando el mar azul y resplandeciente, llevaba a Magaluf. A la izquierda, el mar. A la derecha, gran cantidad de hermosas casitas de tejado rojo, rodeadas de pinos, que se extendían casi hasta la mismísima orilla del mar…

Y por fin, el conductor del coche señaló uno de aquellos chalets, cuando pasaron, por delante.

—Ahí vive Vladimir Zoshey Ilyenko —musitó.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Lili, mirando hacia el pequeño chalet de rojo tejado y blancas paredes.

—Roland.

—Muy bien, Roland. Lléveme de nuevo a Palma Nova. A partir de ahora, esto es cosa mía.

Capítulo V

Hacia las ocho de aquélla misma tarde, cuando la caída del sol ponía una cegadora reverberación en el mar, *monsieur* Tournier estaba en el pequeño jardín, dedicado con absoluta abstracción al cuidado y riego de sus rosales, que crecían pegados a la fachada principal. Verdaderamente, su rostro, su aspecto todo, no podía ser más austero y artístico. Incluso sus manos, sin protección ninguna, parecían acariciar las espinas de los rosales, con una delicadeza asombrosa.

Delgado, huesudo, ascético, de porte noble y triste, era la encarnación perfecta del caballero artista. Sus ojos, grandes y hundidos, eran tan negros y apagados que parecían hechos de carbón. Sus grandes orejas, sus espesas cejas parecían reducir su rostro, menos la boca, grande, asombrosamente firme, de labios delgados, pálidos. Llevaba unos pantalones tejanos y un jersey negro de hilo, que parecía colgado de una percha más que de unos hombros.

Estudiaba las rosas, cortaba algunas que se estaban marchitando, y las iba dejando cuidadosamente en el suelo, sin duda, para recogerlas luego… Y fue al dejar una de las rosas cuando, sin volver la cabeza vio que había alguien en la entrada del jardín. Miró hacia allí y entonces, la hermosísima muchacha sentada en el sillín de una bicicleta que mantenía el equilibrio apoyando un pié en el suelo, le sonrió encantadoramente.

—¡Hola! —saludó, con confianzuda jovialidad.

Monsieur Tournier parpadeó, quizá asombrado, quizá maravillado ante la belleza deslumbrante, aniquiladora, de la rubia muchacha de ojos color de flor y cuerpo de diosa. Llevaba una blusita y unos *shorts* cortísimos, que mostraban completamente sus perfectísimas piernas que parecían de oro… Sí, de oro, tan deliciosamente tostadas por el sol estaban. Igual que los bracitos, la

delicada y bellísima garganta, las manos…

—*Bon soir*! —musitó *monsieur* Tournier.

—¿Me permite usar su cuarto de baño?

—¿Cómo? —Creyó no haber entendido bien *monsieur* Tournier.

La muchacha desmontó, dejó la bicicleta apoyada en la valla, tomó del pequeño portapaquetes trasero un delicioso maletín rojo con florecillas azules y entró decididamente en el jardín. Se detuvo delante del asombradísimo personaje, sonrió, y señaló las rosas con un precioso dedito.

—Son las más bonitas que he visto por aquí… ¿Las cuida usted mismo? —habló en perfecto francés.

—Pues sí… Sí, en efecto. Sus palabras son muy amables, señorita.

—Me llamo Lili Connors. Soy americana. Yanqui, ¿comprende?

—Oh, sí —sonrió Tournier, de un modo extraño, tenso—. Lo comprendo. Habla usted muy bien el francés.

—Usted también.

—Bueno —sonrió de nuevo Tournier, casi dolorosamente—. Pero yo soy francés.

—Lo sé. Hace días que estoy por aquí… He oído hablar de usted.

Monsieur Tournier se sobresaltó, evidentemente.

—¿De veras? —exclamó—. ¿Quién habla de mí?

—Oh, pues… Todos. Hemos comprendido que es un artista, pero eso no justifica que usted lleve una vida tan rara, ¿no cree?

—¿Vida rara, *miss* Connors?

—Sí, sí… No tiene servicio, vive solo, no hace amistad con nadie… Parece como si estuviese usted prisionero de sí mismo.

Tournier Ilyenko palideció, bruscamente.

—Lamento que mi comportamiento no sea del agrado de mis vecinos —pudo murmurar al fin—. No es mi intención molestar a nadie, pero opino que tengo derecho a vivir como me plazca.

—Oh, vamos, *monsieur* —rió Lili Connors—. ¡No se tome las cosas así! A mí me resulta usted simpático, y por eso me propuse conversar con usted, para convencerme de que su aspecto coincidía con la impresión que tengo de usted… Y para ser sincera, se está poniendo antipático.

—Lo lamento —musitó Tournier.

—Y yo le perdono. Mire, esta especie de… visita, no es casual

monsieur, ¿comprende?

—Temo que no.

—Veamos… Yo estaba con mis amigos, y, sin saber por qué ni cómo, empezamos a hablar de usted. Algunos dicen que está usted un poco… Bueno…

—¿Loco?

—Pues… Bien, la verdad es que no le consideran una persona sociable, y algo… excéntrico. Yo salí en su defensa, *monsieur*.

—Ha sido usted muy amable, pero… no debió molestarse.

—Me indignan las opiniones precipitadas sobre los demás. Y me propuse demostrar a todos que usted es una persona simpática, aunque use su derecho a vivir solo y sin relacionarse con nadie. Así que los dejé a todos, tomé mi bicicleta…

—Y ha venido usted aquí buscando una nueva diversión, algo diferente: reírse de un loco, o, al menos, de un excéntrico.

—*Monsieur, monsieur*… ¿Tengo yo aspecto de ser persona que se divierta de un modo tan cruel?

—No, ciertamente. Pero…

—Sólo quería conocerlo un poco, oír su voz, ver sus modales, su actitud…

—Entiendo. Y puesto que lo ha conseguido, espero que tendrá una opinión más completa sobre mí, de modo que puede ir a contarle a sus amigos que…

—No, no, no… No es tan fácil conocer a una persona por unas pocas palabras, *monsieur*… ¿Tournier, verdad?

—Sí. Perdóneme: Roger Tournier, a sus pies.

—¡Qué galante! —rió Lili—. ¡Bueno…! ¿Me invita o no me invita a tomar algo?

—¿Cómo? —Volvió a sobresaltarse *monsieur* Tournier.

—Oh, vamos… No habrá creído eso del cuarto de baño, ¿verdad? Era sólo una excusa para entrar en su casa en el supuesto de que fuese una persona… arisca. Pero, en el fondo, *monsieur*, estoy segura de que usted está deseando conversar con alguien.

—Se equivoca.

—Vamos, vamos… ¿Va a obligarme a admitir ante mis amigos que es usted una especie de… de… erizo sin educación? Dígame, *monsieur* Tournier: ¿es usted escritor, músico, escultor…?

—Escritor.

—¡Oh! ¡Adoro a los escritores! ¿Qué clase de libros escribe usted?

—Novelas.

—¡Novelista! ¿No es delicioso? Ah, cuánto me gustaría poder escribir novelas… Escribiría una de mi vida que pondría los pelos de punta a todo el mundo… Pero no, no piense mal, *monsieur*: no sería con una novela de terror, sino de amor.

—No imagino que una novela de amor pueda poner de punta los pelos a nadie, *miss* Connors —sonrió Tournier.

—Ah, *monsieur*, al parecer usted es un alma pura, noble, cándida… ¡Hay tantas cosas terribles en el amor! ¿Cuántos años diría usted que tengo?

—Mmm… Veinte o veintidós.

—¡*Monsieur*! —Lanzó un grito Lili—. ¡Es usted el hombre más encantador del mundo! ¡Tengo veintiséis!

—¡Imposible! —Volvió a sonreír Tournier.

—Sí, sí, se lo aseguro… ¿Se imagina, *monsieur*, la de cosas que habré conocido en veintiséis años?

—Supongo que más que en veinte o veintidós, ¿no?

—¡Buena respuesta! —rió ella—. ¿No cree que está siendo muy descortés, *monsieur*? ¿Realmente no piensa invitarme a tomar algo en su cubil de lobo solitario?

—Me parece, *miss* Connors, que soy algo mayor para usted.

—Pero… ¿qué está usted pensando? ¡Vamos, no sea fresco, *monsieur*! Yo espero de usted algo más que un simple flirt que añadir a mi supuesta novela. Quisiera… saturarme de cosas intelectuales, recibir la corriente de su cerebro… ¿Eso es inmoral?

Roger Tournier movió la cabeza con el gesto de quien se declara vencido.

—Pase. Espero tener algo que le guste a usted.

—¡Apueste a que sí! ¡Nadie va a creerme cuando explique que he conseguido entrar en la guardia del lobo solitario!

Roger Tournier había abierto la, puerta, quedando a un lado, y Lili Connors entró alegremente en la casa, desembocando en el pequeño salón, con ventanal desde el cual se veía el mar y los frondosos pinos que casi llegaban a la orilla. Era un chalet vulgar; corriente, sin nada especial que destacar: sillones, un sofá, algunos cuadros, una pequeña librería, un televisor, un par de sillas…

—¿Quiere algo fresco o algo fuerte?

—Lo que usted decida. Sorpréndame.

El ruso asintió con la cabeza, y fue hacia la cocina. Lili se dejó caer en el sofá, colocando el maletín junto a sus pies. Miró a todos lados, expectante, pero, realmente, nada había allí de especial. Una espía de su categoría podía darse cuenta de ello en el acto. Quizá en el dormitorio, o en la cocina, o quizá en el jardín… Roger Tournier, es decir, Vladimir Zoshey Ilyenko, cuidaba mucho los rosales… Uno de éstos podía ser perfectamente una antena de la emisora que podía estar enterrada, y una de las flores contener el micrófono por el que enviar mensajes. Aunque…, ¿por qué pensar que Vladimir Ilyenko tenía algo que ver con el espionaje? ¿Sólo porque el Rey de los Espías le había ordenado asesinarlo? Un asesinato que tenía que parecer un suicidio…

Vio sobre la mesita redonda una caja con cigarrillos, y tomó uno. Lo encendió, mirando siempre a su alrededor, sonriendo secamente. Desde luego, ella sí debía estar un poco loca, porque se estaba jugando estúpidamente la vida. Pero aquél era el único medio de conseguir algo…

—Voilá —apareció Tournier; con una bandeja en la que había dos vasos con hielo y una botella—. ¡Espero que mi elección sea de su agrado!

Colocó la bandeja ante Lili.

—¡Vodka! ¿No es demasiado fuerte, *monsieur*?

—No más que el *whisky*. Pero si prefiere *whisky*, o coca…

—No, no. Está bien así. Además, estoy segura de que usted no habrá pensado embriagarme para… Vamos, ya me entiende…

—La entiendo —sonrió Tournier—. Y la idea no es del todo mala.

—¡Me está asustando, *monsieur*! —rió Lili—. ¿Por quién brindamos? ¿Por Rusia?

Roger Tournier pareció recibir un tremendo latigazo, a juzgar por, el modo en que se enderezó, crispado.

—¿Por qué por Rusia? —exclamó.

—Bueno… Puesto que brindamos con vodka. Dígame la verdad, *monsieur*: ¿le parezco una joven alocada y algo estúpida?

—Un poco alocada —intentó sonreír Tournier.

—¿Realmente se siente incómodo por mí visita?

—Digamos más bien que estoy un poco…, extraño. Como muy bien saben usted y todos mis vecinos, no acostumbro a hacer vida social.

—Ah, pues eso tiene que terminar. Bien… ¡Por Rusia! ¿O no?

Alzó su vaso, y se quedó mirando atentamente a Tournier, que musitó:

—Por Rusia.

Se bebió el vodka de un trago, y se quedó mirando a la espantada Lili Connors, que sólo había bebido un sorbito.

—¡Caracoles! —exclamó ella, saliendo de su asombro—. ¡A eso le llamo yo; beber, *monsieur*! Sea sincero conmigo: ¿qué le parece mi idea de escribir una novela con mi vida? Sería… sabrosísima. Aunque quizá algo… picantilla, ¿comprende? Oriénteme: ¿cómo se empieza a escribir una novela?

—El punto inevitable de partida es tener algo que decir.

—¡Huy! ¡Vaya si tengo cosas que decir…! ¿Qué más?

—Decirlo.

—¿Decirlo? ¿Y cómo?

—Escribiendo. Toma usted una pluma, o se sienta ante una maquina de escribir, y… escribe.

—Pero… ¿Así? ¿Sin más?

—No se me ocurre ningún otro sistema. También se puede utilizar un magnetófono o una secretaria o secretario, para dictarle.

* * *

—¿Qué ocurre? —preguntó el recién llegado en el coche, sacando la cabeza por la ventanilla—. ¿Por qué me has llamado con tanta urgencia, Andrei?

El hombre que estaba a pie rodeó el coche por delante, y entró en el coche por la otra portezuela. Muy cerca, por entre los pinos, se veía la blanca casita, y la luz en el ventanal del saloncito-mirador. Andrei señaló hacia allí.

—Ilyenko tiene una visita, Boris —musitó.

—¿Una visita…? ¡Al fin! ¿Quién es? ¿Le conocemos…?

—No. Es una mujer. Lleva ahí más de media hora. Llegó cuando él estaba arreglando los rosales, ya sabes, estuvieron charlando afuera unos minutos, y luego entraron. Hace de eso media hora, por

lo menos. Esperé un poco a llamarte por la radio de bolsillo porque al principio pensé que la visita podía no tener importancia.

—¿Lo sabe también León?

—Claro. Él está en el otro lado de la casa, pero ambos dominamos perfectamente todo el terreno, como siempre. Además, debió abrir su radio cuando te llamé a ti, y nos ha tenido que oír.

—Bien… Una mujer —los dos hablaban en ruso—. ¿Cómo es ella?

—Muy joven y muy hermosa.

—Ya.

Hubo unos segundos, de silencio, hasta que Andrei, musitó:

—Yo también lo he pensado… Desde luego, si lo qué estamos temiendo hace tiempo es cierto, es más que posible que la CIA haya comprendido que estamos al corriente, y que Ilyenko está en un serio apuro. En cuyo caso, la CIA habrá tenido que recurrir a ella, a Baby. Habrán delegado en ella la tarea de sacar a Ilyenko de Mallorca, para llevarlo a Estados Unidos. Y si esa mujer es Baby, será conveniente que andemos con mucho cuidado. No es un bocado fácil de tragar, Boris.

—Ni siquiera de masticar —admitió Boris; y de pronto, sonrió—. A decir verdad, Baby no es ni siquiera un bocado, porque aún no sé de nadie que haya llegado a morderla.

—Es una broma tonta —masculló Andrei.

Boris encogió los hombros.

—¿Cómo ha venido ella hasta la casa?

—En bicicleta.

—¡Bien! —Casi rió el jefe del grupo de espías rusos en Palma de Mallorca—. ¡Esto es nuevo, flamante, original…! Nada de coches blindados, *jets* especiales, submarinos…

—Estás de un humor impertinente, maldita sea.

—Andrei: hay que conservar los nervios y el humor, camarada. ¿Te imaginas? ¡Baby!, ¡en bicicleta, buscando contacto con Vladimir Zoshey Ilyenko…! ¿No es gracioso? Y además, ella se presenta tranquilamente en la casa, sin más, y entra con él… Hay un millón de medios que los espías podemos utilizar para hacer esa clase de contactos sin comprometernos lo más mínimo.

—¿Qué estás tratando de decir?

—Pienso que quizá esa chica sea algo casual, o una muchachita

conocida de Vladimir, simplemente. Ten muy presente que el camarada Ilyenko no es precisamente un tonto.

—Es todo lo contrario —musitó Andrei—. Bien… Quizá tengas razón. ¿Qué hacemos?

—Vamos a esperar que salga ella, y la vigilaremos… La vigilaré yo personalmente. No se trata aquí de movilizar a todos nuestros compañeros, pues bastante trabajo tenemos todos con estos turnos para vigilar permanentemente a Ilyenko… Yo me encargaré de ella… ¡Supongo que es esa que sale ahora!

* * *

En la puerta del chalet, Lili Connors tendió su manita a *monsieur* Tournier, sonriendo.

—He pasado un rato delicioso, *monsieur* Tournier. Y por supuesto, les diré a mis amigos que es usted una persona encantadora.

—Mejor que no —estrechó Tournier la mano de ella—. Podrían tener la desafortunada idea de presentarse aquí cuando les viniera en gana, a beberse mi vodka.

Lili se echó a reír.

—¡Entonces, será un secreto entre los dos!

—Trató hecho.

—Aunque supongo que este trato no incluye la prohibición de visitarlo de cuando en cuando.

—Si viene sola, será siempre bien venida… ¿Volverá usted pronto a Estados Unidos?

—No lo tengo decidido aún… ¿Por qué?

—Es posible qué le diese un paquetito para una persona de allá, un buen amigo. ¿En qué lugar de Estados Unidos reside usted?

—En Washington.

—Ya. Un buen lugar. Sería mucha casualidad, claro, que alguien de Washington le hubiese hablado de mí.

—¡Qué barbaridad, claro que no…! De todos modos, si tiene que enviar algo allá, tendré mucho gusto en hacer de mensajera. Hasta otra, *monsieur*… ¡Ha sido un rato muy agradable!

—Adiós… Si escribe esa novela, me ofrezco para darle una opinión sincera.

—Se lo agradezco. Pero temo que se sonrojaría si la leyese. *Au revoir, mon ami*!

—*Au revoir!*

Lili Connors cruzó el pequeño jardín, llegó adonde había dejado su bicicleta, montó en ella, y se alejó, dando media vuelta hacia Palma Nova.

Quince minutos más tarde estaba en su habitación del hotel Blaucel. Y apenas hacía diez segundos que había entrado, cuando sonó el teléfono.

—¿Diga?

—¿Está loca? —Oyó la voz de Saintjohn, en inglés.

—¿Por qué?

—¡Ha estado usted en ese chalet, como si fuese… como si fuese la casa de un viejo amigo…!

—¿Y qué?

—¡Eso ha sido un gravísimo error! ¡Le advertimos que estaba muy vigilada, y ahora sólo ha conseguido que también la vigilen a usted…! ¡No es manera de realizar este trabajo!

—¿Le he dicho yo a usted cómo debe cepillarse los dientes?

—¿Eh…? ¡Claro que no! ¿Qué tonterías…?

—Pues entonces no me diga usted a mí cómo debo orientar mis asuntos, que son más importantes que el cepillado de sus dientes. Buenas noches.

Colgó, encendió un cigarrillo, y estuvo fumando un par de minutos, pensativa. Luego, apagó la luz, y se acercó a la terraza. Cambió de idea, y fue a la ventana, por la cual miró, con gran cautela… Abajo, bajo la sombra de unos árboles colocados cerca de la iluminación eléctrica, vio detenido el coche que, sin duda alguna, la había estado siguiendo casi desde el momento en que se alejó de la casa de Vladimir Zoshey Ilyenko. No pudo ver al hombre que lo conducía, pero no era necesario.

Al fin y al cabo, todo estaba saliendo a la perfección.

Capítulo VI

Hacia las once de la mañana siguiente, la señorita Connors salió del hotel, fresca, hermosa y radiante como la más bella flor del mundo. Llevaba la misma indumentaria de la tarde anterior, y una bolsita de paja cruzada en bandolera sobre el pecho. Tomó su bicicleta, y, pedaleando alegremente, se alejó. Salió de Palma Nova, fue recorriendo la carretera de la costa, entusiasmada ante la belleza del mar, del cielo, de las gaviotas, de los verdes pinos, del luminoso sol:… Finalmente, encontró una playita en una cala que mereció su aprobación.

Dejó la bicicleta bajo unos pinos, bajó el pendiente camino hacia la dorada arena y quedó evidentemente complacida ante la ausencia de bañistas. Se quitó la ropa, quedando en bikini, y se tiró al agua, saltando gozosamente sobre las inofensivas olas.

Llevaba cinco minuto retozando en el agua cuando apareció el hombre. Lo vio bajar cuidadosamente por el estrecho caminillo, y luego caminar hacia donde ella había dejado sus cosas. El hombre iba completamente vestido con traje, zapatos, corbata… Pero se sentó en la arena, encendió un cigarrillo, y, evidentemente, se dispuso a esperar.

Con la clarísima actitud de quien se siente picado por la curiosidad, la señorita Connors salió del agua, y fue hacia allá. Se quedó mirando con expresión de desconcierto al hombre, que le sonrió amistosamente.

—Buenos días, señorita Connors —saludó, muy amable.

—¿Cómo sabe quién soy yo? —frunció el ceño ella.

—Lili Connors, súbdita americana residente en Washington y procedente de Londres; alojada en el hotel Blaucel, habitación treinta y cuatro —el hombre hablaba perfectísimamente el inglés—. ¿Correcto?

—Sí… sí, desde luego… ¿Quién es usted?

—Don Quijote de La Mancha.

Lili abrió mucho los ojos.

—¡No me diga! —exclamó—. ¡Oiga, usted es divertidísimo!

—Celebro que opine así —se volvió ligeramente, señalando hacia lo alto del caminillo—. Aquel hombre que ve allá es compañero mío. Tiene una pistola cuyo alcance supera las distancias de esta pequeña cala, y, naturalmente, lleva silenciador. Por mi parte, también estoy armado, pero, prefiero prescindir del feo gesto de mostrar una pistola a tan bella muchacha americana. *Okay*?

—Temo… que no comprendo…

—Tenemos un coche arriba. Mi compañero ha plegado ya su bicicleta, y la ha colocado en el portaequipajes. Ahora, sólo se trata de saber si usted va a venir con nosotros por las buenas, o también tendremos que meterla dentro del portaequipajes, con la bicicleta. ¿Me explico bien, *miss* Connors?

—Creo que sí. Prefiero sentarme cómodamente en un asiento del coche.

—Magnífico. Recoja sus cosas y suba delante de mí. Por favor, seamos consecuentes con nuestra profesión y evitemos mezclar en este asunto a persona civil que quizá encontremos por el camino.

—También esto lo entiendo —musitó Lili. Recogió sus cosas, subió por el caminillo, llegó al montículo cernido sobre el mar lleno de pinos, y, a la sombra, bajo la vigilante mirada de los hombres, se puso las ropas sobre el bikini húmedo.

—Cuando gusten.

* * *

El coche se detuvo en el jardín de una villa bastante grande, de persianas azules, con muchos pinos y arbustos de flores. Había una piscina en forma de plátano, y junto a ella, tomando el sol, otros dos hombres, que se pusieron rápidamente en pie, y fueron hacia la casa.

Cuando Lili Connors entró, siempre custodiada por los dos que la habían ido a buscar, los de la piscina se estaban poniendo unos alegres albornoces multicolores.

—¿Cómo ha ido? —preguntó uno de ellos, en ruso.

—Bien. Es una profesional inteligente.

Lili Connors se había vuelto vivamente hacia el hombre que la había abordado en la casa.

—¡Estaba a punto de pensar que me había equivocado! —exclamó en ruso.

Los cuatro hombre quedaron inmóviles, contemplándola con nueva atención.

—¿Habla usted ruso? —preguntó el de la playa.

—¡Naturalmente que hablo ruso! ¡Y pensaba que vosotros erais de la CIA!

—No… No somos de la CIA.

Lili Connors lanzó un suspiro, y se dejó caer en el sofá. Sacó cigarrillos de su bolsito de paja, y encendió uno. Los cuatro hombres la miraban con una expectación inquieta, tensa.

—Parece que hará falta una explicación —dijo uno de ellos.

—Es muy simple —replicó Lili—. Me llamo Katia Klimenko, estaba en Londres, y recibí la orden de venir aquí a apoyaros en el asunto de Vladimir Zoshey Ilyenko… Un asunto que, según me dijeron se está alargando demasiado, camaradas. Se me ordenó que viniera aquí a toda prisa, y que me pusiera en contacto con vosotros… No se me ocurrió mejor sistema que hacerme ver con Ilyenko.

—Ha sido un buen sistema, en efecto. ¿En qué supones que puedes tú ayudarnos a acelerar este asunto?

—Anoche me hice amiguita de Ilyenko —sonrió Katia Klimenko —. Ahora, decidme vosotros qué queréis que haga, y lo haremos cuanto antes… A menos que queráis dar tiempo a los de la CIA para que realicen su propio juego.

—Hasta que tú apareciste, no pensamos que había nadie de la CIA por aquí cerca.

—Mmm… ¿Pensasteis que yo era de la CIA?

—Sí. No pueden estar muy lejos… Al menos, no deberían estar muy lejos. Pero, si nos llevamos a Ilyenko antes de que ellos inicien el acercamiento, nada habrá servido de nada.

—¿Pensasteis que yo era una enviada de la CIA para entrar en contacto con Ilyenko?

—Eso pensamos. A fin de cuentas, si todo es cierto, la CIA tendrá que hacer algo: o llevárselo, o matarlo, o… No sé…

—Cállate, Andrei: estás hablando demasiado.

—No he dicho nada que ella no sepa —masculló Andrei—: tanto si es de la CIA como si es de la MVD tiene que saber muy bien lo que está ocurriendo.

—Y yo insisto en que hablas demasiado. Daniel, Yuri —miró a los que habían estado tomando el sol junto a la piscina—: id a relevar a León, y decidle que vaya a ponerse en contacto con nuestro enlace de París, y que éste pida confirmación en Moscú de la existencia y presencia en Mallorca de la camarada Katia Klimenko…

—¡Pero eso tardará horas!

—Es ella la que tiene prisa, no nosotros. Vigilad bien a Ilyenko. Cuando León haya terminado de pedir ese informe, que venga a la casa, con el coche. Vosotros, a pie, vigilad bien el chalet de Ilyenko.

Daniel salió, seguido de su compañero Yuri. En el salón quedaron Lili Connors y sus dos amigos de la playa, los cuales la miraban atentamente.

—Yo soy Boris —se presentó éste—. Y él es Andrei. Por el momento, es todo lo que vamos a decirte mientras esperamos noticias de Moscú.

—Muy bien —replicó ella, fríamente—. Sólo espero que aceptaréis las responsabilidades de esta pérdida de tiempo suplementaria. ¿Cuánto tardará León en venir con noticias?

—León pedirá los informes y vendrá aquí. Las noticias las recibiremos a su debido tiempo por teléfono, simplemente. No te preocupes: la cadena está bien organizada.

—¿Puedo ir a la cocina a comer algo?

—Sí. Ve con ella, Andrei. Y no la pierdas de vista.

—Estás buscándole plumas a un murciélago —protestó Andrei —. ¿Cómo puedes dudar de que es rusa?

—No dudo nada. Solamente hago las cosas como hay que hacerlas. Ve con ella.

—Tranquilo —sonrió Katia Klimenko, poniéndose en pie—. Él tiene razón, Andrei. Ven conmigo a la cocina y no me pierdas de vista. ¿Por qué protestas? Debería resultarte agradable. —Andrei sonrió, y la Klimenko le correspondió cariñosamente—. Por cierto, ya que estamos en lugar cerrado, me quitaré estas ropas mojadas… ¿Puedo utilizar una sábana, o algo para cubrirme, mientras se secan

mis ropas?

—Andrei te irá a buscar una toalla antes de acompañarte a la cocina —accedió el desconfiado Boris.

Señaló hacia la puerta. Andrei salió, y regresó con una gran toalla blanca, de baño, que tiró a las manos de la Klimenko. Ésta se desnudó completamente, para maravilla de los dos soviéticos, y se colocó la toalla en torno al cuerpo, por debajo de los sobacos, anudándola a un lado. Luego, fue a la ventana, y colocó sus ropas en la persiana de modo que el sol les diese de lleno.

—Veamos qué hay en la cocina. ¿Vamos, Andrei?

Fueron ambos a la cocina. Katia Klimenko se dirigió directa al refrigerador, lo abrió, y echó un vistazo. Frunció el ceño, y abrió el compartimento de la fruta, abajo. Sacó una manzana, y le dio un mordisco, mirando a Andrei.

—¿Quieres que te prepare algo?

—Buena idea.

—¿Huevos?

—Está bien.

—Bueno, te freiré… ¡Oh!

Al moverse hacia la cocina de gas, la toalla se desprendió, estuvo un instante suspendida en el aire, y cayó a sus pies. Andrei quedó petrificado ante la nueva sesión de belleza. Pero sólo un instante, porque enseguida comprendió que ella esperaba algo de él. Así que se adelantó, y musitó, ronca la voz:

—Yo te la recojo.

Alzó la toalla, y miró a su camarada Katia Klimenko, que lo contemplaba amablemente. Ella no parecía dispuesta a hacer nada, y Andrei no necesitó más indicaciones… Se acercó más, rodeó a Katia con sus brazos sosteniendo la toalla en una mano, la asió con las dos por detrás de Katia, y, de pronto, con la toalla, la atrajo fuertemente hacia él, buscando la boca femenina con la suya.

No pudo ser. Katia apartó la boca, de modo que los labios de Andrei, ardientes, se hundieron en la fina piel de un hombro, cerca del cuello. La besó allí, y la apartó un poco enseguida.

—Escucha, hay dormitorios arriba. Tenemos tiempo de…

—Andrei, Andrei —susurró ella—. ¿Qué me estás pidiendo?

—Sabes muy bien lo que quiero.

—Pero no me has preguntado si quiero yo.

—¿Quieres? —Casi gritó el ruso.

Ella sonrió, dejó la manzana sobre el frigorífico, del cual salía un fresquito delicioso, y puso sus manitas en los hombros de Andrei. Éste comenzó a sonreír, anhelante, pero, de pronto, cuando los finos deditos de Katia Klimenko se hundieron en la base de su cuello, se irguió bruscamente, desorbitó los ojos, su rostro se desencajó…

La Klimenko apretó un poco más, y Andrei pareció perder el control de sus ojos, que giraron velozmente y quedaron por fin en blanco antes de que se desplomase contra Katia, que lo sostuvo fuertemente. Luego, lo dejó en el suelo, sin hacer el menor ruido, y se aseguró de que estaba profundamente inconsciente.

Se colocó bien la toalla, cogió de nuevo la manzana, la mordió y buscó en los armarios de la cocina, hasta elegir una formidable sartén de acero inoxidable. Con la manzana en una mano y la sartén en otra, salió de la cocina y apareció en el *living*, dando otro mordisco a la fruta.

—¿Quieres huevos tú también, Boris? —preguntó.

El agente ruso alzo la mirada del periódico, la miró, y en el acto miró hacia la cocina.

—¿Y Andrei? —preguntó, poniéndose en pie.

—Está cascando huevos para los dos. ¿Quieres huevos tú también o prefieres otra cosa?

—Lo mismo me da —miró su reloj—. Pensad también en León, que no tardará en llegar.

—De acuerdo —ella se acercó un poco más y pareció aguzar el oído—. ¿Dices que llegará en coche?

Boris asintió, y, como ella mirase por el ventanal y pareciese estar escuchando algo muy atentamente, él también miró, volviendo la cabeza…

¡Boooiiiinnggg!, resonó la sartén en su cabeza. Fue un sartenazo tremendo, que derribó a Boris de bruces en el sofá, fulminantemente desvanecido. Lili Connors detuvo la vibración de la sartén tocándola con un delito, y miró sonriente al ruso.

—Para que luego digan que no sé siquiera cómo se usa una sartén —dijo festivamente.

Dejó el utensilio de cocina sobre el sofá, asió de una mano a Boris, y tiró de él, deslizándolo por el piso, hasta meterlo en la cocina, junto a Andrei. Les quitó la pistola a ambos, volvió al *living*

y abrió su bolsito de paja, del cual sacó la polvera, de cuyo doble fondo extrajo una de las seis diminutas ampollitas de gas que proporcionaban un pesadísimo sueño de cuarenta y ocho horas nada menos.

Otra vez a la cocina. Cerró la pequeña puerta que daba al jardín por la puerta de atrás, salió, tiró dentro la ampollita y cerró rápidamente, alejándose no menos rápidamente.

Medio minuto más tarde, volvió a entrar, y se dedicó a terminar su almuerzo a base de frutas: el vegetarianismo, de cuando en cuando, es muy conveniente: elimina muchas toxinas del cuerpo.

Aproximadamente una hora más tarde, alzó vivamente la cabeza, dejando de leer una de las varias revistas de que disponían los rusos; en español, naturalmente, sin duda para ir perfeccionando sus conocimientos de este idioma, cosa que a ella también le placía. Tomó una de las pistolas de sus colegas de la MVD, y fue a echar un vistazo por la ventana. Vio al hombre saliendo del coche, y sonrió secamente. Okay: aquél debía ser León.

Segundos después, sonaba la llamada a la puerta. Se colocó a un lado, León entró con paso fatigado…, y recibió un trastazo tal en la nuca, con la pistola, que, por supuesto, le privó de la molesta y desesperante sensación de fatiga… Quedó tendido de bruces en el suelo.

Lili cerró la puerta, le quitó a León las llaves del coche y la pistola, dejó ésta y la que había utilizado en el sofá, junto a la otra, y luego arrastró al ruso a la cocina. No sin cierto disgusto, utilizó otra ampollita de gas, de modo que, finalmente, los tres agentes de la MVD quedaron apaciblemente dormidos por dos días en el piso de la cocina. Cuando despertasen, les dolerían todos los huesos del cuerpo…, pero, cuando a uno le duelen los huesos, es porque está vivo.

Y la vida bien merece un poco de dolor.

—Eres demasiado considerada, querida —se dijo a sí misma—. Seguro que ellos te estarían tratando mucho peor.

Tiró la toalla a un lado, fue desnudita hacia donde había tendido su bikini y las ropas, y comprobó que estaban secas. Se las puso, metió las tres pistolas en su bolsito de paja, salió de la casa y se metió en el coche. Tenía que volver al hotel, donde había dejado su maletín rojo con florecillas azules, dentro del cual había quedado la

mayor parte de sus trucos. Por ejemplo, el pequeño trípode de aluminio que, montado de modo especial, se convertía en aquel pequeño lanzador de diminutas granadas incendiarias.

Según conviniese.

Y otra cosa que convenía, por ejemplo, era ir a ver, cuanto antes, al muy enigmático Roger Tournier. Es decir, al ruso Vladimir Zoshey Ilyenko.

* * *

Vladimir Zoshey Ilyenko miró una vez más por la ventana de su casita. Siempre preocupado, ya al borde de la angustia, comprobó que la vigilancia seguía. A conveniente distancia de la casa, estaba uno de aquellos hombres que, durante más de diez días, se iban turnando en el cerco pacífico pero tenaz. Por supuesto, Vladimir Zoshey Ilyenko sabía muy bien lo que estaban esperando aquellos hombres, y por eso comprendía que la CIA no hubiese dado señales de vida. Ojalá se estuviese equivocando, pero, después de más de doscientas cuarenta horas de estar acorralado, sólo podía pensar que la CIA lo había dejado a su suerte. Aunque, en cierto modo, esto no era difícil de creer, ya que él sabía tantas cosas.

Súbitamente asombrado, se quedó mirando al hombre que lo vigilaba por la parte frontal. Le vio llevarse la mano derecha a la mejilla del mismo lado, rápidamente, como si le hubiese picado una avispa… Y al segundo siguiente, se desplomaba como fulminado. Quedó tendido junto a los dos pinos tras los cuales había estado intentando ocultarse, aunque no lo había conseguido todo lo bien que le habría convenido.

Durante unos segundos, atónito, estuvo contemplando al hombre. De pronto, dio la vuelta, recorrió la casita, y miró por la pequeña ventana lateral de la cocina, hacia el pequeño promontorio donde sabía que estaba el otro hombre… Y nuevamente quedó atónito, al verlo tendido en el suelo, cara al cielo, brazos y piernas formando una gran X…

Cuando segundos después, Vladimir Zoshey Ilyenko oyó el frenazo de un coche ante la casa, lanzó un respingo, salió a toda velocidad de la cocina, regresó al *living* y sacó la pistola con silenciador del escondite. Se la metió en un bolsillo, hizo lo mismo

con una pequeña libreta de tapas azules, y, mientras tanto, oía el claxon del coche, afuera.

Fue a mirar nuevamente por la ventana, y, recortándose contra los pinos y el azul del mar, de pie junto al coche, la vio, tan bellísima que parecía irreal, sonriente, haciéndole señas con un bracito, llamándole.

Sin la menor vacilación, Vladimir Ilyenko salió de la casa, corrió hacía el coche, y entró en él cuando la divina jovencita acababa de sentarse ante el volante. La miró con los ojos muy abiertos, y musitó:

—¿Baby?

La señorita Lili Connors sonrió amablemente.

—Así es, camarada Vladimir Zoshey Ilyenko.

Y puso en marcha el coche.

Capítulo VII

—¿A dónde vamos? —preguntó Ilyenko.

—Al único sitio donde a sus compañeros de la MVD no se les ocurrirá buscarlo nunca. Tranquilícese.

—Lo estoy intentando… He pasado unos días horribles… Y a decir verdad, empezaba a temer que usted me hubiese abandonado a mi suerte.

—Ya ve que no es así.

—Sí… Lo veo. ¿Qué ha hecho con los dos hombres que me vigilaban?

—Les he proporcionado un reparador sueño para cuarenta y ocho horas. Cuando alguien los encuentre, los llevarán a un hospital o a una clínica. Lamento meter en este lío a las autoridades españolas, pero siempre es mejor, que matar a dos hombres. En cuanto a ellos, me imagino que cuando despierten y se encuentren rodeados de personas que les preguntarán cosas sabrán salir del apuro… Olvidémoslos… ¿Qué me dice de usted?

—¿De mí?

Baby conducía muy atenta al camino, sin mirar a Ilyenko, que la contemplaba asombrado.

—De usted —asintió.

—Bueno… No creo que tenga que darle demasiadas explicaciones, supongo.

Ella lo miró brevísimamente.

—Por el contrario, me gustaría saber qué es lo que está ocurriendo exactamente. No tengo ni idea.

Vladimir Zoshey Ilyenko sacó la pistola, de pronto, y apuntó a la cabeza de su bienhechora.

—Pare —dijo secamente—. Allí, entre aquellos pinos.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Baby, sin alterarse.

—Usted no es Baby… Si lo fuese, sabría muy bien a qué la

habría enviado la CIA a Mallorca.

—Vamos, Vladimir —refunfuñó la divina espía—, no sea majadero. Si hubiera querido matarle, anoche tuve un millón de ocasiones. Por lo que he comprendido, sus propios compañeros de la MVD estaban vigilándole, posiblemente dispuestos a matarle… Le estoy ayudando por haber comprendido eso, pero no sé nada más.

—¡Pues debería saberlo! Si la CIA la ha enviado…

—¡Y dale! ¿De dónde saca usted que la CIA me ha enviado? Me encuentro metida en esto por casualidad, debido a hechos muy sorprendentes que no vienen al caso ahora… Mis explicaciones vendrán después de las suyas.

—¡No pienso darle a usted ninguna explicación! ¡Lo que voy a hacer es matarla! No puedo confiar en nadie… ¡Le digo que pare!

—Como guste.

Baby frenó, en efecto. Pero no hacia la derecha del camino, sino allí mismo, de pronto, con tal brusquedad, que Ilyenko salió despedido contra el cristal parabrisas, golpeándose fuertemente de cabeza, rebotando casi inconsciente, tan perdido el control de la situación que Baby no tuvo la menor dificultad en quitarle la pistola.

Con una mano en la dolorida frente, Ilyenko se quedó mirando espantado a la espía internacional, que lo contemplaba con el ceño fruncido.

—Debería darle un buen golpe —dijo ella—. Pero vamos a tener la fiesta en paz. Iremos a donde le he dicho, y charlaremos tranquilamente. ¿Okay, colega?

El ruso no contestó. Baby tiró la pistola debajo de su asiento, miró hoscamente al ruso, y reanudó la marcha. Desde luego, ya no pensaba andarse con más contemplaciones: si Ilyenko volvía a intentar algo, le iba a dar un golpe de karate en la nariz que lo iba a dejar sangrando y sin conocimiento. Él tenía que decidir.

Poco después, sin novedad, llegaban ante la villa en la cual había dejado durmiendo a Andrei, Boris y León. Detuvo el coche, recogió la pistola de debajo del asiento, y salió del coche, mirando a Ilyenko, que la imitó, comprendiendo su gesto.

Baby recogió del asiento de atrás el maletín rojo con florecillas azules, y el fusil de aluminio. Señaló hacia la casa, ambos fueron allá, y ella empujó la puerta con la punta de un pie.

—Pase.

—¿Qué lugar es este? —musitó el ruso.

—Una hermosa villa cerca del mar. ¿Qué más podemos pedir?

Entraron, ella cerró la puerta con un taconazo, y fue a sentarse en el sofá. Desmontó el fusil, convirtiéndolo de nuevo en un pequeño trípode para cámara fotográfica, y lo guardó en el maletín, así como la pistola de Ilyenko, sacando en cambio su pistola de cachas de madreperla, que deslizó en el bellísimo escote. Encendió un cigarrillo, y sólo entonces miró a Ilyenko, que la contemplaba sombríamente.

—Siéntese y charlaremos —dijo ella—. Nadie va a molestarnos aquí, al menos durante dos días. Le escucho, Vladimir.

—Si usted es realmente Baby, no creo que debamos perder mucho tiempo charlando. Sáqueme de aquí y en paz. Quiero llegar a Washington cuando antes.

—Despacito, mi amigo. Me consta que en Palma de Mallorca hay agentes de la CIA, de modo que usted sólo tenía que haberse puesto en contacto con ellos para conseguir ese viaje a Washington. Y digo ponerse en contacto con ellos porque, por sus palabras, entiendo que debemos considerarlo… un colaborador de la CIA. ¿No es así?

—¡Naturalmente que es así!

—Bien —musitó Baby—. En definitiva, usted es un traidor, camarada Ilyenko. Traidor a Rusia, quiero decir.

—Eso no es cuenta de usted.

—Afortunadamente. Tampoco es cuenta mía decidir lo que hay que hacer con usted. Veamos si he entendido la situación: usted ha estado trabajando para la CIA, los hombres de la MVD se han dado cuenta, y lo estaban vigilando, posiblemente, para convencerse cuando algún agente de la CIA se pusiera en contacto con usted… *Okay*?

—Sí. Le advierto una cosa, Baby: soy muy importante, uno de los mejores agentes dobles con que viene contando la CIA desde hace más de seis años. Así que no les conviene a ustedes que yo caiga en manos de mis compatriotas, porqué podría decir muchas, muchísimas cosas de la CIA en toda Europa. De modo que será mejor que usted no pierda más tiempo y me ayude a salir de aquí.

—Es una lástima, *monsieur* Tournier —musitó Baby.

—¿Qué es una lástima?

—Que sea usted un traidor… Ayer me resultó simpático; nos hicimos buenos amigos… Sí. Es un hombre de aspecto noble, muy inteligente, sensible… Pero resulta que no es novelista. Lo que resulta ser usted es un traidor. Y puesto que, se lo juro, jamás me han gustado los traidores, voy a complacerlo en su deseo de marcharse, no siento el menor deseo de permanecer más tiempo con usted.

—Usted no tiene… derecho a hablarme así… ¡Soy un colaborador de la OÍA!

—Pero no mío, colega. Además, si al menos fuese usted un colaborador por ideales políticos o humanos… ¿Lo es?

—No.

—¿Por dinero, entonces?

—Naturalmente.

—Claro: naturalmente. Muy bien, voy a llamar a mis compañeros de la CIA en Palma de Mallorca para que se ocupen de usted. Estaré encantada de perderlo de vista, se lo aseguro.

Abrió de nuevo el maletín, sacó el paquete de cigarrillos, y tiró de uno de ellos.

—¿Simón? —llamó.

Silencio.

—¿Simón?

Silencio.

—Atención —insistió—: Baby llamando a Simón-Palma de Mallorca desde Palma Nova, en la isla. Responda, Simón. ¿Simón? ¿Simón?

Silencio.

Baby alzó la mirada hacia el ruso, y parpadeó.

—Qué extraño —susurró—. Es la primera vez que me ocurre esto… Alguna vez, cierto, no he tenido respuesta, pero siempre ha significado que mis compañeros estaban en un apuro, o que habían… muerto —sus ojos parecieron congelarse, fijos en Ilyenko; su cabeza se ladeó, su boquita endureció el gesto—. Y parece que al no haber habido choques directos en Mallorca, yo debería recibir respuesta inmediatamente… ¿No cree, Ilyenko?

—Yo no creo nada —masculló el ruso—. Pero sepa que también yo he intentado varias veces ponerme en contacto con la CIA desde que me pusieron cerco los de la MVD, y nunca he obtenido

respuesta.

Todavía fijos los ojos en Ilyenko, Baby quedó pensativa. ¿Qué estaba ocurriendo allí? Desde luego, algo especial… No era todo tan simple como parecía: salvar el pellejo a un colaborador ruso que había sido descubierto por sus compatriotas. No. No era tan simple aquel asunto, en el cual, lo que resultaba más asombroso absolutamente, era que los Simones, de Mallorca no respondieran a una llamada de su Baby… Llamada que, por otra parte, no había tenido recepción de ninguna clase. Era como… como si todas las radios de bolsillo o las emisoras-receptoras de Mallorca estuviesen muertas, como si hubiesen sido anuladas.

Y luego… lo de Spyking. Spyking había ordenado la muerte de Vladimir Zoshey Ilyenko, recalcando que debía parecer un suicido. ¿Por qué?

Poco a poco, muy lentamente, a medida que creía ir comprendiendo la horrenda verdad, el rostro de la espía fue perdiendo el color, hasta quedar lívida como un cadáver, demudadas las facciones.

Y en aquel momento, sonó el teléfono.

Ilyenko respingó, y se quedó mirando el aparato, que parecía vibrar a cada timbrazo. Baby desvió la mirada hacia él, lentamente. Y también lentamente, alargó una mano y descolgó el auricular.

—¿Sí? —susurró.

—¿Está Boris? —preguntó un hombre, en ruso.

—Duerme la siesta ahora —se puso en situación instantáneamente Baby, hablando también en ruso—. ¿Eres el enlace con París para el asunto de Katia Klimenko?

Hubo un breve silencio antes de que el hombre preguntase:

—¿Quién eres tú?

—Katia Klimenko.

Otro breve silencio. Luego:

—Despierta a Boris: quiero hablar con él.

Una seca sonrisa apareció en los labios de la espía.

—Lo lamento, camarada —replicó—. Habéis ido muy de prisa, y supongo que quieres darle a Boris la noticia sobre mi personalidad. Pero no hace falta: él ya sabe a qué atenerse. Colgó, miró a Ilyenko, y se puso en pie.

—Será mejor que nos vayamos de aquí ya. Pronto habrá visitas

en esta casa —continuó hablando en ruso con Vladimir Ilyenko.

—Sí… Vámonos. Pero… tú pareces rusa.

—No soy rusa. Eso es lo que el hombre que ha llamado a Boris quería decirle: que no soy Katía Klimenko. Desde luego —sonrió de nuevo secamente—, Katia Klimenko existe, pero todavía debe estar en Moscú, reponiéndose del susto de hace unos días.

—¿Qué susto?

—Estamos perdiendo el tiempo. Salgamos de aquí.

—Está bien.

Fueron hacia la puerta, Baby la abrió y se mordió los labios, mortificada por su descuido al no haber pensado en aquello: Saintjohn y Mayfair estaban allí, en la puerta, ambos pistola en mano.

—Adentro —dijo el primero.

Capítulo VIII

—Escuche, Saintjohn…

—Adentro —la interrumpió él—. No sabemos a qué está usted jugando, Lili, pero vamos a terminar este asunto de una vez. La ocasión, gracias a su… increíble habilidad para poner fuera de juego a varios hombres, no puede ser mejor. ¡He dicho que entren!

Baby y Vladimir Ilyenko retrocedieron y, el ruso miró a la espía, demudado el rostro.

—¿Quiénes son? —preguntó el ruso.

—Vasallos de un monarca —replicó ella, también en ruso.

Mayfair cerró la puerta, siempre apuntando hacia ellos, especialmente a Ilyenko. Saintjohn preguntó:

—¿Podemos saber qué están hablando y qué es lo que usted está tramando, Lili?

—No tienen por qué amenazarme a mí con las pistolas —refunfuñó ésta.

—Es posible. Pero usted ha venido a Mallorca a matar a este hombre como si él se…

Vladimir Zoshey Ilyenko lanzó un alarido, y perdió definitivamente la serenidad. Al oír que Baby, o quien él creía que era Baby aunque no muy convencido, había ido a Mallorca para matarlo, sus nervios se rompieron por fin…

Gritando, se abalanzó hacia Mayfair, que era el que estaba más cerca de él. Dispuesto a todo, con los brazos alzados para comenzar a descargar golpes, el traidor de la MVD estaba casi tocando ya a Mayfair cuando éste, no mucho más sereno que el ruso, apretó el gatillo de su pistola.

Plop.

Ilyenko lanzó otro alarido, giró dos veces sobre si mismo conservando la vertical, y finalmente se desplomó de bruces, con un balazo en la cabeza, sobre la sien derecha, convertida en un

espeluznante boquete destrozado.

Durante unos segundos, nadie se movió. Por fin, Lili Connors apartó su mirada del cadáver, y tendió la mano hacia Mayfair.

—Su pistola, Mayfair.

—Cuidado con lo que hace —jadeó éste, retrocediendo un paso, y apuntando al pecho de la espía—. Si intenta…

—Usted es un cretino —interrumpió ella—. ¿Qué es lo que pretende? ¿Estropearlo todo? He estado estudiando el asunto para hacerlo del mejor modo posible, y ahora aparece usted y aprieta el gatillo… ¡Maldito sea!

—¿Qué pensaba usted hacer? —preguntó Saintjohn.

—¡Pensaba matar a este hombre pero de modo que pareciese un suicidio, tal como convinimos! —mintió, ya que nada podía hacer por Ilyenko—. Y puesto que quizá todavía se puedan arreglar las cosas, ustedes harán lo que yo diga, o se las entenderán con Spyking… ¿Me explico?

Saintjohn se pasó la lengua por los labios.

—Dale tu pistola, Mayfair —musitó.

No muy convencido, éste entregó su arma a Lili Connors, que la limpió de toda huella dactilar de su propietario. Luego, sosteniéndola con el pañuelo, aplicó en varios puntos del arma algunas huellas de los dedos del fallecido Ilyenko, y finalmente colocó el arma en su mano de tal modo que, al menos a simple vista, podía parecer que se trataba de una muerte por suicidio.

—No saldrá bien —murmuró Mayfair—. La policía española no es tonta, y además, si lo encuentran en esta casa…

—Hay tres hombres rusos dormidos por medio de gas en esa cocina —cortó Lili—. Dormirán todavía durante veinte o veintidós horas. Si encuentran antes el cadáver de Ilyenko, que la policía piense lo que quiera. Y si nadie viene aquí antes, cosa que dudo, los rusos se encargarán del asunto. Yo no quiero saber nada más, y nada más puedo hacer. Y puesto que nada más puedo hacer, quiero volver junto a Spyking, ahora mismo.

—Bien… Nos ocuparemos de…

—No tiene que ocuparse de nada. Imagino que Roland los está esperando en el coche, ¿no es así?

—Sí…

—Pues váyanse con él, y eso es todo. Yo volveré por mis propios

medios al castillo, y les advierto que espero conseguirlo antes que ustedes, pues no me gustaría que le contasen una serie de mentiras a Spyking. Cada uno hemos hecho algo, y cada uno deberá responder de lo que ha hecho ante Spyking. Ya no tengo nada más que hablar con ustedes.

Los dos hombres se quedaron mirándola durante unos segundos. Luego, miraron el cadáver de Vladímir Zoshey Ilyenko, y, por fin, Saintjohn sonrió torcidamente.

—Bueno… Al fin y al cabo, aunque no haya sido en su chalet, yo creo que a todos los efectos este hombre se ha suicidado, ¿no?

—Falta saber si Spyking se conformará con el modo en que han ocurrido las cosas —encogió los hombros Lili—. Y yo pienso contárselas exactamente. Es más, para que él pueda juzgar bien si el trabajo es válido, voy a tomar unas fotografías del cadáver. ¿De acuerdo?

—Es una buena idea —exclamó Mayfair, al parecer muy aliviado por aquella posibilidad de convencer a Spyking—. Yo creo que sí parece un suicidio.

La espía asintió con la cabeza, fue a su maletín, y sacó el encendedor de platino y brillantes. Se colocó adecuadamente, y obtuvo tres fotografías de Vladimir Zoshey Ilyenko. Luego, miró hoscamente a los dos hombres.

—¿Qué esperan? Nos veremos en el castillo.

—Estamos pensando que quizá usted jamás vuelva por allí…

—Insisto en que son un par de cretinos —bufó ella, despectiva—. ¿Aún no lo entienden? Me agrada Spyking, me ha ofrecido ser su Spyqueen, he comprendido las grandes posibilidades de todo eso, y, por si fuera poco, en lo personal me satisface mucho la futura intimidad con nuestro rey… ¿Les parece sorprendente? Ustedes creen que no voy a volver, ¿eh? Pues muy bien: ya veremos quién llega antes al castillo. Y si están pensando en eliminarme e irle con algún cuento fantástico a Spyking, me atrevo a sugerirles que lo piensen muy despacito.

Mayfair y Saintjohn cambiaron una mirada. Evidentemente, la idea había pasado por sus mentes, pero tenían que comprender el gran riesgo que significaba para ellos. Sabían que Spyking se había encaprichado de Lili Connors o Katia Klimenko, y no dejaría las cosas tal como ellos las explicasen sin hacer averiguaciones… Y si

lo averiguaba todo, no habría rincón en la Tierra donde ellos pudieran esconderse.

—Está bien —murmuró Saintjohn—. Ya veremos quién llega antes al castillo.

—Adiós —despidió secamente Lili.

Salieron los dos, y ella fue a mirar por la ventana. Les vio alejarse a pie, hasta que, casi doscientas yardas más allá, subieron al coche donde, por supuesto, les estaba esperando Roland, el vasallo de Spyking en Palma de Mallorca. Segundos después, el coche se perdía de vista.

Baby miró su relojito, y frunció el ceño. Guardó el encendedor, cerró el maletín, y se dirigió hacia la puerta… Se detuvo en seco al pasar junto a Vladimir Zoshey Ilyenko. Se arrodilló a su lado, y comenzó a registrarlo, encontrando por fin, entre cosas que no le merecieron el menor interés, la pequeña libreta de tapas azules.

La hojeó, examinó brevemente algunas páginas, escritas en ruso con caracteres diminutos, y lanzó una exclamación, palideciendo. Metió la libreta en el maletín, echó un último vistazo a su alrededor, y salió de la casa.

Si todo iba bien, aquella misma tarde podía estar en Londres, y, antes de la noche, en coche, llegaría al palacio que estaba en las nubes. Aunque…, ¿valía realmente la pena darse tanta prisa?

* * *

Desde su trono, Spyking I la contemplaba severamente. Durante unos segundos, el Rey de los Espías pareció incluso ser un muñeco, un ser sin vida, petrificado.

Al pie de los escalones, con su maletín en la mano izquierda, Lili Connors-Katia Klimenko lo contemplaba a su vez, también en silencio.

Por fin, Su Realísima Majestad se dignó hablar:

—Has tardado mucho. Demasiado. Saintjohn y Mayfair llegaron anoche mismo. Y tú pudiste hacer lo mismo.

—No pude.

—¿Por qué?

—Quise perfeccionar mi trabajo.

—¿En qué sentido? Porque mucho has debido perfeccionarlo

para tardar un día de más.

—Estuve rondando la casa donde quedaron los agentes rusos, esperando a los que vendrían. Llegaron dos, y supongo que eran el enlace con París y un compañero. Obtuve fotografías de ellos.

—¿Para qué?

—Me pareció que siempre es conveniente conocer a cuantos más agentes secretos mejor, y pensé que si tienes un archivo, esas fotografías te resultarían útiles. Eso me costó perder el avión, conveniente… Luego, ya no pude salir de Mallorca hasta este mediodía.

—Bien… De acuerdo. Luego revelaremos esas fotografías… Debo admitir que tu idea no ha sido mala. Pero empezábamos a pensar que habías tenido… otra clase de iniciativas.

Lili Connors sonrió deliciosamente.

—Ignoro si ellos —señaló a Mayfair y Saintjohn, que estaban uno a cada lado del trono—, te han puesto al corriente de mis actuales ambiciones…, querido.

—¿Respecto a que piensas seguir conmigo… como Spyqueen?

—Siempre y cuando tu oferta siga en pie.

—Sigue en pie mi oferta de… ponerte a prueba.

—Si estoy aquí es porque he decidido aceptar.

—De acuerdo. Ellos me han contado su versión: quiero escuchar la tuya ahora.

Lili Connors asintió con la cabeza, y explicó lo ocurrido. Los tres la escuchaban atentamente, y no fue interrumpida ni una sola vez. Cuando terminó el relato, Spyking asintió con la cabeza, ladeándola luego para mirar a uno y otro de sus vasallos.

—Todo concuerda.

—¿Estás satisfecho? —preguntó Lili.

—No soy yo quien debe estar satisfecho, sino las personas que estaban esperando noticias en este asunto.

—Espero que me envíen una felicitación.

—Nadie te enviará nada, porque no sabrán quién ha hecho el trabajo. No doy tantas explicaciones. Diré que mis vasallos han cumplido, eso es todo. El… mérito, si es que podemos considerarlo así, es de todos, no tuyo exclusivamente.

—Está bien. ¿Puedo ir a ver a Número Uno?

—Ya no deberías interesarte por él.

—Amor —Lili entornó los ojos—: mi interés personal por Número Uno ha decrecido muchísimo gracias a ti, pero… él ha sido siempre leal conmigo, te lo dije. Eso, en primer lugar. En segundo lugar, puesto que sabes perfectamente que entre él y yo todo terminó hace tiempo, opino que debemos conservarlo en nuestras filas… Como futura Spyqueen, quiero rogarte que hagamos las cosas de modo que podamos contar con Número Uno para casos en verdad importantes.

—Eso es muy razonable. Lo estudiaré… Mientras tanto, puedes ir a verlo. Yo me ocuparé de tus fotografías, pasaré la noticia de que ha sido llevado a cabo el plan Ilyenko, y… te estaré esperando para cenar.

Ella inclinó la cabeza, dio media vuelta, y se retiró, sin que Su Realísima Majestad protestase por verle la espalda. Salió del Salón del Trono, cruzó el castillo, y llegó ante la puerta tras la cual había dejado encerrado a Número Uno. Allí mismo, sentado en una silla rústica de negra madera, había uno de los hombres de Spyking que se quedó mirándola.

—Abre —dijo ella—: tengo permiso de Spyking: Y a partir de ahora mismo, cuando me veas, cuando veas a tu Spyqueen, te pondrás en pie y no necesitarás que yo exteriorice mis deseos: deberás comprenderlos, adivinarlos…, y cumplirlos al instante.

El vasallo frunció el ceño, pero se puso en pie, y abrió la puerta. Lili Connors entró, y en seguida vio a Número Uno, sentado con las piernas cruzadas sobre el potro de tortura. La luz estaba encendida, y el mejor espía de todos los tiempos, libre de manos y pies, se dedicaba a hacer solitarios.

Volvió la cabeza, la miró, y luego colocó una carta en su sitio, pensativo. Sólo entonces saludó:

—Hola. ¿Todo te ha ido bien, Katia?

—Sí.

—Lo suponía.

—¿Te han tratado bien?

—He estado en sitios peores —encogió él los hombros—. Pero la comida no es muy buena. ¿Alguna noticia sobre mí?

—He convencido a Spyking para que seas incluido en las listas de los hombres; que puede necesitar en un momento dado.

—Espléndido. ¿Te ha pagado?

—Todavía no.

—Bien… Pues dile que te pague y vámonos de aquí, A menos que Spyking nos necesité ya mismo.

—Yo no me voy, Uno.

—No me digas que te gusta este lugar.

—Empieza a gustarme. Además, voy a ser Spyqueen, la Reina de los Espías.

—Espero que me invites a tu coronación.

—Parece que no te gusta la idea.

Número Uno la miró con cortés indiferencia.

—¿Por qué había de gustarme… o disgustarme? Eso es cosa tuya, Katia.

—Estamos de acuerdo. Naturalmente, espero que tú y yo seguiremos siendo buenos amigos, Uno.

—Naturalmente. Y voy a serte sincero: me alegra que hayas encontrado un… acomodo, al fin.

—Gracias.

—No se merecen. Bien… Ya he terminado esto… ¿Puedo marcharme?

—¿Ya?

—No tengo nada que hacer aquí… ¿O sí?

—Absolutamente nada. Pero será mejor que te vayas por la mañana, si no te importa.

—Me es indiferente. ¿Acaso quieres que cenemos juntos, para despedirnos cariñosamente?

—No —rió ella—. Voy a cenar con Spyking. Y luego voy a estar… muy ocupada con él, durante el resto de la noche.

—Entiendo. Felicidades, oh, Reina.

—Te digo esto porque si quieres algo de mí será mejor que lo pidas ahora. A partir de las once no podré atenderte en nada. ¿Te apetece algo especial, lo que sea…?

—Me gustaría celebrar tus… nupcias, aunque sea en solitario. ¿Puedes enviarme una botella de *whisky*?

—Espero que sí. ¿Algo más?

—No… ¿Te he felicitado ya?

—Lo has hecho.

—Pues nada más. Oh, sí saludos a Spyking.

—Gracias de su parte. Adiós —se volvió hacia la puerta, ante la

cual, el carcelero había asistido muy atento al conciso diálogo—. ¿Tienes cigarrillos o no?

—Me quedan unos cuantos. Dos o tres, me parece.

Ella volvió sobre sus pasos, y le tiró un paquete empezado a las manos, tras sacarlo del maletín.

—Te enviaré más, pero de momento toma éstos. Hasta mañana.

—*Ciao!*

Lili Connors salió del aposento, miró al carcelero cerrar la puerta con llave, y luego le ordenó que le llevase a Número Uno cigarrillos y una botella de *whisky*…

—Y mucho cuidado con desatenderlo —terminó, severa— porque es realmente un buen amigo. ¿Está claro?

—Muy claro —gruñó el hombre.

—Se dice: «muy claro, Majestad»… Y se hace una inclinación de acatamiento. ¿No te ha enseñado esto Spyking?

El hombre lanzó otro gruñido, pero efectuó la inclinación, torpemente, con evidente irritación.

—Casi perfecto —sonrió la espía—. Y no olvides que casi no es suficiente. Tiene que ser absolutamente perfecto.

* * *

—Absolutamente perfecta —sonrió—. Ha sido una cena en verdad digna de una reina, querido…

Spyking, en la otra punta de la larga mesa, sonrió alegremente.

—Me alegra mucho que merezca tu aprobación.

—Cuanto más lo pienso, más me complace la idea de ser tu Spyqueen… y de quedarme aquí. Verdaderamente, en este palacio se siente una como una auténtica reina.

—Todavía no lo eres —recordó él.

—Oh… Bien, ya sé… Sin embargo, espero pasar satisfactoriamente tan dulce prueba. Por cierto, son ya casi las diez y media.

—¿Tienes prisa?

—Spyking —musitó ella, muy seria de pronto—. Parece que no lo entiendes bien, o que todavía desconfías de mí: estoy aquí por mi gusto, y todo cuanto va a suceder ha sido no sólo aceptado por mi, sino que lo considero… maravilloso.

Spyking quedó inmóvil, un poco rígidas las facciones. Alrededor de la mesa, discretamente alejados, habían tres de sus hombres, encargados de servir la mesa, ataviados con lujosas libreas que, a decir verdad, resultan un poco grotescas. Ninguno de aquellos hombres parecía oír, ni ver. Eran como robots válidos únicamente para servir la mesa. Y, cuando, finalmente, Spyking los miró de reojo, ellos permanecían con la misma extraordinaria indiferencia, como si fuesen sordos y ciegos.

—Bien… Me agradan tus palabras, Katia…

—Spyqueen —sonrió ella—. Llámame Spyqueen…, o dime cuál es tu nombre auténtico, mi amor.

—Tienes razón… Los nombres no significan nada. Tú serás a partir de ahora, Spyqueen, y yo seguiré siendo, simplemente, Spyking. ¿Quieres tomar café?

—No. Pero sí me agradaría tomar champán… Aunque no aquí.

—¿Quizá en el salón?

—No.

—¿En el despacho?

—No.

—Bien… ¿Arriba?

—Sí.

—De acuerdo —murmuró roncamente Spyking—. Vamos al dormitorio, y tomaremos el champán allá.

Se pusieron los dos en pie mientras los vasallos retiraban velozmente los reales asientos. Spyking tendió su brazo a Spyqueen, que se tomó dulcemente de él… El tercer criado, abrió la puerta del suntuoso comedor, y ambos salieron al grandioso vestíbulo…, en el cual se oían gritos, o algo parecido.

—¿Qué es eso? —Se detuvo Spyking, se volvió hacia el criado—. Ve a averiguar qué ocurre.

—Sí, Majestad.

—Y súbenos champán.

—Muy frío —sonrió Spyqueen.

El criado-espía se inclinó, y se alejó hacia el fondo del vestíbulo, mientras Sus Majestades subían la anchísima escalinata de piedra, hacia los dormitorios. Arriba había un gran pasillo, que recorrieron todavía tomados del brazo, hasta llegar ante una gran puerta, que el rey en persona se dignó empujar, y, asombro de asombros, cedió el

paso a la reina. Luego, entró él, y se quedó mirando la maleta y el maletín de ella, sobre un enorme sillón… Cuando miró a Spyqueen, ella le estaba mirando a su vez, sonriente.

—Me pareció que debía… instalarme definitivamente aquí, así que traje mis cosas.

—Has hecho muy bien…

Ella le echó los brazos al cuello, de pronto.

—¿Tendré corona, como tú? —pidió mimosamente.

—Desde luego… ¿De qué te ríes?

—Pues —ella soltó otra risita—. Se me ha ocurrido pensar en la cara que pondrían en el Directorio de la MVD, si supieran que la Katia Klimenko que ellos conocieron va a ser reina… ¿Te imaginas? ¡La proletaria y muy comunista camarada Klimenko, con una corona en su cabecita…!

—Tienes un gran sentido del humor —susurró él.

Se inclinó, para besarla en los labios, pero, si bien ella se apretó más contra él, desvió la boquita, musitando:

—Espera…; Por favor, amor, espera… Tienen que traernos el champán, y no quisiera… que nos viesen ya…

—No importa que nos vean. Saben muy bien lo que ya a suceder aquí esta noche.

—Pero saber, no es ver. Y hablando de saber. Hay cosas que no sé, que no entiendo…

Se separó rápidamente de él, justo cuando entraba el criado, con una gran bandeja en la que llevaba dos copas y una botella de champán metida en un cubo con hielo. La depositó sobre una mesita, la destapó ahogando el sonido del corcho, y sirvió en las dos copas. Luego, miró a Spyking, que hizo un gesto con la mano, despidiéndolo. El criado salió, cerrando la puerta tras él.

Spyking tomó las dos copas, tendió una a Spyqueen, bebieron ambos un sorbito, y entonces él preguntó:

—¿Qué es lo que no entiendes? Puedes…

Sonó una discretísima llamada a la puerta, y Su Majestad miró hacia allí, irritadísimo.

—¿Qué pasa? —Gruñó.

La puerta se abrió, y el criado quedó en el umbral.

—Perdón, Majestad… Olvidé la explicación sobre el… alboroto de abajo. Se trata de Número Uno: se ha embriagado, y está…

cantando y gritando.

—Si no se duerme pronto, que lo hagan callar como sea.

—Sí, Majestad.

—¡Y no quiero más interrupciones!

El criado salió, la puerta se cerró de nuevo.

—Lo que no entiendo —musitó Katia Klimenko, tras beber otro sorbito de champán— es todo ese asunto, de Vladimir Zoshey Ilyenko… Por lo que entendí, él estaba trabajando para la CIA. Sin embargo, pese al apuro en que se encontraba, acorralado, la CIA, no acudió a ayudarle. A su vez, los rusos se limitaban a vigilarlo, y yo pienso… Bueno, si era un traidor a la MVD, lo lógico habría sido que los rusos hubieran intentado matarlo por todos los medios y los yanquis salvarlo. ¿O no?

—Sí. Eso era lo lógico.

—Entonces…, ¡no comprendo nada! Puesto que los rusos podían eliminar ellos mismos a Ilyenko, no creo que fuesen ellos los que te encargaron ese trabajo. En cuanto a los americanos, tenían motivos para querer salvar a Ilyenko, y muy buenos. ¿Quién te encargó, entonces, que lo hicieras asesinar… como si hubiera sido un suicidio?

—¿Es necesario que hablemos de eso esta noche?

—Pues… no. Pero me gusta comprender las cosas, amor.

—Mañana iremos los dos a mi despacho, y te mostraré mi fichero. Te aseguro que en pocos minutos lo comprenderás todo. Comprenderás éste asunto, otros muchos, y… comprenderás también por qué soy el Rey de los Espías. Te dije que tenía… y tengo un respaldo mucho más poderoso que el de la agente Baby… y que el de cualquier agente secreto del mundo. Tengo tanto poder en el espionaje que te costará creerlo. ¿Crees que exagero al llevar corona y vivir como un rey? Ciertamente, es una excentricidad que me divierte, pero te aseguro que mi poder está bien fundado, bien definido. Tú dices que la agente Baby cuenta con el respaldo de toda la CIA… Bien: ¿qué te parece si alguien, además de contar con el respaldo de la CIA cuenta con los respaldos de la MVD, el Deuxiéme Bureau, el MI5, la Tokko actual, el Servicio Secreto Italiano…, y, prácticamente con el respaldo de todos los servicios secretos del mundo?

—Si alguien contase con todo eso… no cabe duda de que podría

considerarse con derecho a coronarse a sí mismo Rey de los Espías, mi amor.

—Tú lo has dicho. Y ahora… hablemos de nosotros dos exclusivamente.

—Sí… Hablemos de nosotros dos exclusivamente…

Capítulo IX

El vigilante del aposento donde estaba Número Uno encerrado lanzó una maldición, y se acercó a la puerta.

—¿Qué pasa ahora? —mascullló, sin abrir.

—Estoy… estoy muy mal… —jadeó Número Uno—. ¡Estoy muy mal, quiero que me vea vuestro médico…!

—No haber bebido tanto, cerdo.

—¡Quiero que venga el médico! —chilló Número Uno—. ¡Voy a decirle a Katia que no me estáis tratando como ella ordenó, y os hará sacar los ojos, malditos…! ¡Quiero…!

El carcelero barbotó una maldición, abrió la puerta, entró, y miró furiosamente a Número Uno, que con las manos oprimiéndose el estómago, se tambaleaba, sudoroso, a punto de caer.

—No sé lo que puede hacerme esa mujer, cerdo, —gruñó el carcelero—, pero sí sé cuáles han sido las órdenes de Spyking: hacerte callar como fuese si seguías escandalizando. Así que… —Le dio un empujón que hizo caer de rodillas a Número Uno, alzó la pistola, y descargó un golpe tremendo, contra la cabeza del mejor espía del mundo… Es decir, el golpe iba contra la cabeza del espía, pero no llegó. Su brazo derecho se alzó, de pronto, y su mano, como una tenaza de acero frenó y retuvo la muñeca del carcelero, qué sólo tuvo tiempo de ver el destello feroz en aquellos negrísimos ojos. Al instante siguiente, había recibido tal puñetazo en pleno vientre, que, tras sentir como si acabasen de partirlo en mil pedazos, cayó desvanecido hacia Número Uno, que lo sostuvo todavía con el puño como hundido en el estómago.

Inmediatamente, se puso en pie, lo arrastró hasta el potro, y lo colocó allí, encadenado. Le arrancó trozos de ropa, se los metió en la boca rudamente, y tras mirar a todos lados, se arrancó una de las anchas tiras de esparadrapo que cubrían sus costillas rotas. Aplicó el esparadrapo a la boca del hombre, se olvidó de él, y recogió su

pistola.

Se asomó cautelosamente por la puerta, y, no viendo a nadie, salió, dio una vuelta a la llave, y miró hacia la escalinata que llevaba a los dormitorios. Una mirada más a su alrededor le convenció de que, afortunadamente, no había nadie por allí. Se deslizó velozmente hacia la escalinata, que ascendió saltando los peldaños de cuatro en cuatro. Cuando llegó al pasillo amplísimo quedó un instante desconcertado, pero, enseguida, miró al suelo, y delante de una de las puertas vio las pequeñas migas de pan.

Fue a aquella puerta, la abrió silenciosamente, y entró, sin la menor vacilación. No había hecho el menor ruido, pero Katia Klimenko, que estaba en el cuarto de baño, salió ataviada únicamente con una cortísima *baby-doll*, que hizo respingar a Su Majestad el Rey de los Espías, y ponerse en pie de un salto del sillón donde había estado aguardando con terrible impaciencia.

—¡Estás…! —empezó a jadear.

La falsa Klimenko lo señaló con un dedito.

—Mátalo —dijo.

—¿Eh? ¿Qué…?

En absoluto asustado, solamente desconcertado, Spyking I se volvió hacia la puerta. Sus ojos se desorbitaron, su boca se abrió en un gesto de total estupefacción.

Plop, disparó Número Uno.

Y Su Majestad Realísima volvió a caer sentado en el sillón, con los ojos muy abiertos, y la boca en un gesto de estupefacción… y muerte.

—¿Estás bien? —preguntó Baby.

—Sí. ¿Y tú?

—No ha pasado absolutamente nada —sonrió ella—. Aunque te has retrasado un par de minutos. Te dije a las once.

—El carcelero se resistía a entrar para golpearme. Lo siento.

—No tiene importancia. Sabía que no ibas a fallar, pero no podía hacer nada hasta que estuviese segura de que tú salías de allí. No quería arriesgarte, Uno.

—Tampoco yo quería que tú corrieses peligro… Y eso me ha costado estar como un tonto en esa habitación del potro. ¿Nos vamos?

—Todavía no. Tómate una copa de champán mientras voy a

hacer una cosilla abajo.

—¿Vas a bajar así?

—No hay más remedio. El champán es bastante bueno, amor.

Fue a su maletín, lo abrió, sacó la pistolita, y la dejó escondida en el hueco de la mano. Luego, miró a Número Uno, que permanecía inmóvil, mirándola fijamente. Ella sonrió, se acercó, escanció champán en la copa que había utilizado antes, bebió un sorbito, y la tendió al espía. Número Uno la tomó, ella se puso sobre las puntas de los pies, y lo besó en la boca, dulcemente, brevemente.

—No me olvides en estos minutos, amor.

—Lo intentaré.

Baby salió del dormitorio real, bajó tranquilamente la escalinata, sin hacer el menor ruido con sus descalzos pies, y fue directa hacia el despacho del fallecido Rey de los Espías. Entró sin la menor dificultad, y sonrió cuando Saintjohn y Mayfair, que estaban sentados a la mesa colocando papeles en una carpeta, se pusieron en pie de un salto, al verla en camisita de dormir…

—No se levanten por mí, caballeros —dijo la espía.

Plop, Plop.

Los dos «caballeros» volvieron a sentarse, ciertamente. Pero ya jamás podrían volver a ponerse en pie.

—Y que conste —los miró fríamente la divina espía—, que tuve que mataros antes. Sólo sois, vulgares asesinos a sueldo, no espías. Vladimir sí era un espía… Traidor, cierto, pero un espía.

Dirigió una mirada indiferente a la corona real, que estaba sobre la mesa. Abrió algunos cajones de ésta, hasta encontrar su entendedor de platino y brillantes. Luego, miró hacia el archivo metálico, con el ceño fruncido. Se acercó a él, lo estuvo examinando un par de minutos, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, y por fin regresó a la mesa, de la cuál tomó el abrecartas de acero. Introdujo la punta en la ranura de una de las gavetas, efectuó un movimiento habilísimo con la muñeca, y se oyó un chasquido metálico. Abrió la gaveta, sacó los papeles que había dentro, y los dejó sobre el mueble. Luego, abrió otra gaveta, y otra… Finalmente, apiló todos los papeles sacados de las carpetas en cuyas portadas se leía MI5, o CIA o MVD… Calculó las microfotos que todavía quedaban para ser impresionadas, y entonces fue colocando los

papeles de dos en dos, y fotografiándolos… Clic. Clic. Clic… No se oía nada salvo esto. Desde sus asientos, Saintjohn y Mayfair parecían estar contemplando a la mujer sin duda más asombrosa que jamás habían visto en su vida. Claro que ya no la veían…

Siete minutos después de haber entrado en aquel despacho, la espía internacional salía de allí, dejando en el suelo el montón de papeles, ardiendo, y llevándose la corona real.

Sin el menor contratiempo, sin haber visto a nadie, estuvo de vuelta en el dormitorio cuando Número Uno encendía su segundo cigarrillo. Al verla, lo apagó rápidamente, y alzó las cejas.

—¿Ya?

—Sí. Descuelga las sábanas. Yo voy a vestirme.

Número Uno dejó colgar por el gran ventanal las sábanas, mantas, y cordones de cortinas con las que había formado una gruesa y sólida cuerda, uno de cuyos extremos estaba fuertemente atado al dosel de la cama. Luego, estuvo contemplando a Baby mientras ésta terminaba de vestirse rápidamente.

—¿Algún contratiempo? —preguntó Uno.

—Saintjohn y Mayfair.

—Ah… Me alegro. Me eran antipáticos. ¿Solamente has visto a esos dos?

—Solamente. Me pregunto dónde están los demás… Si no recuerdo mal, Spyking dijo que tenía unos veinte hombres en el castillo.

—Están en el ala norte —encogió Número Uno los hombros—. Por lo que oí que hablaban a veces, ellos viven en esa parte del castillo.

—Lo celebro por ellos.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo verás.

Número Uno no preguntó nada más. Baby terminó de vestirse, recogió todas sus cosas del maletín, cerró éste, y se quedó mirando la corona.

—Es un simpático *souvenir* —sonrió—. ¿No te parece? Me lo voy a llevar.

—Yo me encargaré de ella.

—Okay… Oye, te sienta bien esa ropa de Spyking. Erais bastante parecidos…, pero inconfundibles.

—¿Dónde has dejado escondido el coche?

—Lo adivinas todo, ¿eh? Lo dejé a cosa de una milla. ¿Nos dejamos algo?

—Yo creo que no.

Entonces, antes de descolgarse por las sábanas, mantas y cordones de cortina Baby miró a Spyking, sonrió duramente, y efectuó una inclinación de cortesía.

—Siempre a los pies de Su Majestad.

Segundos más tarde, sin la menor dificultad, ambos llegaban a tierra, fuera del castillo, del cual se alejaron inmediatamente, a buen paso, pero sin correr. Cuando estuvieron a unos trescientos metros Baby se detuvo, y se volvió. Número Uno hizo lo mismo, y ambos se quedaron mirando al castillo, coronado de nubes. Casi no se veía, a pesar de las luces que se veían en algunas ventanas… Era como una gigantesca sombra oscura de nubes que adquirían un color lechoso-amarillento a la luz de aquellos grandes ventanales… Las torres estaban ocultas bajo ellas.

—¿Es repelente, verdad? —comentó Baby.

—¿Qué nos importa eso? Una cosa, ¿tienes dinero?

—Sí. Podremos pagar los dos coches que alquilamos, de modo que el *signore* Tomasini y *miss* Connors no van a quedar mal en Birmingham, y nos marcharemos tranquilamente. Cuando quieran relacionarnos con esto, estaremos lejos, lejos, muy lejos…

—¿Por qué han de relacionarnos con nada? No creo que esa gente vaya a contarle a la policía inglesa…

—La policía inglesa vendrá aquí, amor.

Se acercó a un árbol junto al camino, se inclinó, y sacó un pequeño objeto metálico, con varios botones, que Número Uno identificó en seguida. Los dos se quedaron mirando hacia el castillo, y Baby apretó todos los botones a la vez.

El castillo y las nubes parecieron temblar, ser sacudidos por un fortísimo terremoto. Rojos destellos tiñeron los nubarrones que lo coronaban… Una de las torres apareció, cayendo, agrietándose… Los cristales de algunas ventanas saltaron hechos pedazos…

—Es como tirar una piedra a un elefante —dijo Uno—. Ni siquiera disponías de carga para demoler la cuarta parte.

—Lo sé. Lo que quiero es que las ratas abandonen el barco, y que éste jamás pueda volver a ser utilizado por gente como

Spyking… Además… ¡mira cómo cae la otra torre!

—Será mejor que nos marchemos de aquí antes de que nos caiga alguna de esas piedras —dijo muy sensatamente Número Uno.

—Sí… Pero fíjate… ¡Ahora sí que el castillo parece estar volando, entre nubes rojas!

—Ya te dije que había visto un palacio en las nubes —zanjó la cuestión Número Uno.

Capítulo X

—¡Se la ha tragado la tierra, o las nubes, o el mar…! ¡No lo sé! ¡No sé dónde encontrarla!

Después de decir esto, míster Cavanagh, el jefe de los Agente de Acción de la CIA, se pasó el pañuelo por la sudorosa frente… Con él, encerrados en aquel despacho lleno de humo, había cinco hombres más, uno de los cuales era Charles Alan Pitzer, jefe del Sector de Nueva York de la CIA. Y a éste miraron los demás, expectantes.

—¿Y usted, Pitzer? —preguntó el dirigente de la reunión.

—Tampoco sé dónde está… Lo hemos intentado todo, pero no hay la menor pista. Peggy, su doncella, dice que ella se fue, y que no sabe nada más. Simón la está buscando por toda Nueva York, y llamándola doce veces cada hora por la radio… Lo siento, no podemos hacer más.

—Hay que encontrarla… ¡Hay que encontrarla como sea! Los agentes que tenemos en Londres están trabajando en ese asunto, pero temo que no van a conseguir nada… Ni siquiera han visto a ninguno de los hombres de ese chiflado de Spyking… Todo lo que saben es que el castillo fue objeto de agresión explosiva, y que ha quedado medio en ruinas, entre las cuales estaba el maldito Spyking… Pero no saben seguir más en el asunto… ¡Hay que encontrar a Baby y enviarla allá inmediatamente!

—¿Qué podrá hacer ella, si ya ha intervenido la policía inglesa? —preguntó otro de los reunidos.

—No sé… Pero mucho me temo que Spyking tuviera archivos sobre todos los asuntos que le encomendábamos. Es posible que ese fichero no haya sido encontrado todavía por la policía inglesa, y si es así, Baby tiene que conseguirlo antes…

—Tampoco hay que pedirle milagros —objetó otro.

—Hay algo que ustedes no tienen en cuenta —susurró Pitzer.

La atención de todos recayó sobre él.

—¿Sí? ¿Qué cosa, Pitzer?

—Si metemos a Baby en este asunto, ella se enterará de todo. Denle ustedes la menor oportunidad a esa muchacha para que meta sus naricitas en un asunto, y ella se enterará de todo, desde la A a la Z. «¡De todo, señores!». Si la enviamos allá, ella descubriría lo que hemos estado haciendo durante estos dos últimos años… Y no le gustaría.

—Está bien —farfulló otro—. Estoy seguro de que no hemos sido los únicos en utilizar los servicios de Spyking. Otros servicios secretos se habrán beneficiado de la total carencia de escrúpulos de ese hombre. Cada vez que hemos tenido que hacer algo realmente sucio, hemos recurrido a él, y otros habrán hecho lo mismo. A él le encantaría sentirse… asociado a muchos servicios secretos, y éstos podían desentenderse de muchos asuntos sucios a cambio de dinero… Como el caso de Vladimir Zoshey Ilyenko. Ese hombre trabajaba para nosotros, para la CIA, ¿no es así? Pero eso no le daba ningún derecho a…

—Baby hubiese pensado de otra manera —cortó Pitzer.

—¡Está bien, por eso no la enviamos a ella a matar a ese ruso! Él tuvo que cometer un fallo, sus camaradas de la MVD comprendieron que estaba haciendo el doble juego, y entonces, en lugar de matarlo, se dedicaron a vigilarlo… ¿Qué teníamos que haber hecho…? ¿Arriesgar hombres para sacar a Ilyenko del atolladero? ¡De ninguna manera! Tampoco podíamos permitir que los rusos, finalmente, se decidieran a estropearlo, pues sabía demasiado de nuestra red en Europa… Así que había que matarlo. Y como Pitzer y Cavanagh aseguraron que Baby no haría eso con un hombre que nos había estado ayudando, tuvimos, que recurrir a Spyking y su gente…, como otras veces. ¡Y no me digan que lo del suicidio no fue buena solución!

—Muy buena —admitió uno de los reunidos—. Si lo hubiesen encontrado asesinado, muchos de los agentes dobles que están trabajando para nosotros, se habrían asustado, habrían comprendido que la CIA, cuando ve las cosas mal, se limitaba a eliminarlos… Eso habría ocasionado una desbandada de agentes dobles, cosa que no nos convenía. Por tanto, lo de que Ilyenko apareciera «suicidado» fue una solución óptima, ya que así todos los

agentes dobles no relacionarán su muerte con lo que podría ocurrirles a ellos si alguna vez están en la misma situación que Ilyenko. Para ellos, la CIA no ha tenido nada que ver con la muerte de Ilyenko, así que estarán tranquilos… Y nosotros también: al menos, Spyking y su gente nos hicieron este último trabajo, y nosotros no arriesgamos nada. Cierto: fue una asquerosa jugada, pero…, ¡al demonio con Vladimir Zoshey Ilyenko! Ya no nos servía de nada… Si acaso, para comprometernos.

—Después de lo que le hicimos a Número Uno hace unos años, Baby jamás habría aceptado una cosa así —murmuro Cavanagh—. Es una mujer… extraña. Sabe muy bien que se cometen muchas bajezas en el espionaje, pero no será ella quien las cometa. Como ocurrió con el asunto del «Proyectil Caribe»: tuvimos que encerrarla para que no interviniera, y aun así, lo hizo… Son jugadas en las que ella jamás querrá intervenir.

—Cavanagh: ya sabemos eso. Y por eso tenemos… teníamos a ese Spyking. Pero algo ha ocurrido, su castillo ha saltado por las nubes, y es de temer que algo comprometedor para nosotros pueda ser encontrado por alguien… Así que vamos a tomar una resolución, pues no podemos pasarnos aquí todo el día. Alguien importante, de primera categoría, tiene que ir a ese castillo, a ver qué ha ocurrido realmente.

—Apueste a que el MI5 ya está metiendo sus narices en ese asunto —mascullò Cavanagh, mohíno—. Spyking no trabajaba sólo para nosotros, ya que no creo que los de la CIA, seamos los únicos en cometer cochinadas. A todos los servicios secretos nos interesaba estar bien con Spyking, para cosas como las de Ilyenko. Y si el MI5, como sospechamos, también tenía relaciones con Spyking, ya estará allá, merodeando ese castillo.

—Razón de más para que tomemos una resolución, y pronto. El que consiga obtener alguna información que pudiera tener Spyking se va a encontrar muy aliviado, y conocerá las… cochinadas de otros servicios de espionaje. Caballeros, hay que enviar a alguien que esté a la altura de las circunstancias. Voten a su hombre.

—¿Acaso ya no queremos enviar a Baby?

—En primer lugar, no hay modo de encontrarla. En segundo lugar, creo, que efectivamente, será mejor no dejarle meter sus naricitas en estas cosas tan… tan… tan…

—Tan podridas —dijo Pitzer.

Todos lo miraron sombríamente.

—Yo prefiero que no vaya Baby —dijo por fin Cavanagh—. Si ella se enterase de esto. Jamás podría volver a mirarla a los ojos. Prefiero… Se calló, bruscamente. La puerta se había abierto, y un hombre entró precipitadamente, directo hacia el presidente de la reunión. Se inclinó hacia él, y le cuchicheó unas palabras al oído. Le vieron fruncir el ceño, y mirar a Cavanagh.

—Uno de nuestros hombres acaba de llegar procedente de París, Cavanagh. Trae un paquete para usted de parte de Baby, que le encareció que viniera en vuelo privado y con máximas medidas de seguridad.

—Bien… Al menos, sabemos ya que ella está en París, así que no debemos preocuparnos —musitó Cavanagh—. Recibiré el paquete aquí mismo, Stanley.

—Bien, señor.

El llamado Stanley salió, y a los pocos segundos entró otro hombre, que depositó ante Cavanagh un gran paquete, quizá como de dos cajas de zapatos juntas. Cavanagh se quedó mirándolo, y por fin miró al hombre llegado de París.

—¿Se lo entregó ella personalmente?

—Sí, señor. Llamó por la radio, dijo que necesitaba con la máxima urgencia a un Simón, pues tenía que entregarle algo antes de seguir viaje.

—Seguir viaje… ¿hacia dónde?

—No lo sé, señor. Ella no lo dijo.

—¿Está seguro de que era Baby?

—Bueno —sonrió Simón—. Si no lo era, me pregunto quién más podría ser, señor: imposible que haya dos mujeres tan… maravillosas en todo el mundo.

—Esa era Baby —musitó Pitzer—. En París. Bien. Ya nos dirá qué ha estado haciendo allí. ¿No va a abrir el paquete, Cavanagh?

Éste asintió con la cabeza. Deshizo el paquete, y, lo primero que apareció, fue la hermosa corona adornada con brillantes filigranas de platino sobre el oro… En el centro, una gran esmeralda, refulgente.

Fue como si un rayo acabase de caer en el mismísimo centro de aquel despacho. Simón estaba atónito, pero los seis personajes

reunidos tenían el rostro demudado. Luego, Cavanagh colocó sobre la mesa una libreta de tapas azules, y muchas, muchas fotografías, en las que se leía el nombre del Deuxiéme Bureau, MI5, MVD, CIA… Revelaciones de los más horribles y sucios trabajos que pudieran llevarse a cabo por seres humanos. La máxima pobredumbre del espionaje internacional que había recurrido en la sombra a asesinos de la calaña de Spyking I para que sus respectivos servicios no fuesen jamás mencionadas en aquellas estremecedoras jugadas…

—Puede retirarse —dijo roncamente Cavanagh, por fin.

Simón salió del despacho, y los seis hombres, se quedaron mirando aquellos documentos, y la corona, que brillaba como si fuese la fuente de toda la luz del mundo.

—Lo sabe —susurró Charles Alan Pitzer—. Ella lo sabe ya todo.

—Por Dios —casi tartamudeó Cavanagh—. Casi ni me importa cómo Baby ha podido meterse en esto, porque nos ha solucionado el gravísimo problema aún antes de habérselo pedido… Estamos a salvo, y tenemos cosas que lanzarles a la cara a los rusos, ingleses, y a mucha gente…, como ellos habrían hecho con nosotros.

—Hay que admitir —dijo el presidente, tras aclararse la voz—: que Baby se ha portado admirablemente con la CIA, esta vez.

—¿Y qué quería? —Gruñó Pitzer—. ¿Qué lo hubiese entregado a otros? Con este envío, nos está diciendo que ahora nos conoce aún mejor, que sabe que somos unos sucios canallas, pero que ella no puede traicionar a la CIA. Por el amor de Dios. ¡Esa muchacha debe estar ahora moralmente hecha pedazos, por culpa nuestra, por saber cómo somos todos realmente…!

Este es el final

—¿Estás triste? —preguntó Uno, después de besarla.

Brigitte Montfort, alias Baby, suspiró, y se relajó sobre la hierba, junto a la piscina de Villa Tartaruga, bajo el luminoso sol de finales de primavera.

—Sí, amor —susurró.

—Entiendo eso. Pero descubrir la verdad no debería haberte afectado tanto. Como solía decir uno de mis jefes antes de que me vendiesen como a un esclavo, somos espías, no ángeles. Ni siquiera tú eres un ángel, Brigitte.

—Lo sé.

—Es mejor que no pienses en ello.

—También lo sé. Pero… ¡es todo tan sucio, Uno! Tan, tan sucio y deprimente… Me he pasado la mitad de mi vida luchando contra estas cosas, procurando hacerlo todo de modo que cada cual tenga lo que realmente merece…

—Vladimir Zoshey Ilyenko, a fin de cuentas era un traidor. Merecía la muerte, según tus principios, ¿no?

—Desde luego. Pero no una muerte ordenada por la CIA, utilizando elementos ajenos a ésta. Si alguien debía condenar a muerte a Ilyenko era la MVD, no la CIA y fue la CIA quien lo hizo, con el agravante, además, de utilizar asesinos, de no dar la cara… Compran a un hombre, y cuando los pone en una situación molesta, lo mandan… «suicidar». ¡Es horrible! Y luego… Ni siquiera ha sido la CIA solamente la que ha estado utilizando a Spyking… Lo han estado utilizando todos. Cada uno ignoraba que el otro lo utilizaba, pero todos los utilizaban a la vez… ¡Claro que merecía coronarse a sí mismo como Rey de los Espías, sí todos los espionajes del mundo lo estaban utilizando…!

—¿Qué piensas hacer?

—Nada. ¿Te parece que debo dejar la CIA? Yo no ganaría nada

con ello, y quizá muchas personas a las que todavía puedo ayudar padecerían las consecuencias de mi dimisión.

—El mundo no está en tus manos, amor.

—¿Qué quieres decir?

—Qué todo seguirá igual, con o sin tu intervención. Es… como si intentases vaciar el mar. Tú puedes ir achicando agua, pero eso… es sólo perder el tiempo y cansarse para nada.

—Lo sé. Pero seguiré adelante.

Número Uno frunció el ceño.

—No iba a pedirte que te quedaras, si es eso lo que has pensado —refunfuñó.

Brigitte alzó la cabeza, lo miró sorprendida, y luego, sonriendo, se desplazó, hasta apoyar su pecho sobre el de él, que permaneció impávido, fijos sus negrísimos ojos en el azul del cielo. La divina espía besó la dura boca del espía. Y luego metió sus deditos entre los cabellos de Uno.

—Bien —dijo—. Será la primera vez que no me pides que me quede. Y puesto que solamente llevo aquí cuatro días, debo pensar que es el tiempo que necesitas para cansarte de mí.

—Aproximadamente.

—Ya. En tal caso, es hora de que vaya haciendo mi equipaje.

—Te ayudaré con mucho gusto. Y si te vas, adiós.

—Okay. ¿Adiós, entonces?

—Adiós.

Brigitte se echó a reír.

—Oh, vamos, mi amor… ¿Pretendes engañarme a mí? Cada vez que me voy, a pesar de tu aspecto indiferente, de tu naturalidad, te quedas triste, solo, deprimido, desilusionado de la vida…

—¿Cómo puedes saber eso?

—Amor…, ¡pero si es sencillísimo! ¡Es lo mismo que siento yo cada vez que me alejo de ti!

—Entonces, no te alejes.

—Ah… ¿En qué quedamos? —rió ella.

—Bien… Como tú has dicho… No he sido yo el que…

—¿Me dejas quedarme dos días más? —suplicó Brigitte.

—Pues… Bien, puesto que sólo pides dos días más… Pero no pienses que siempre harás lo que te venga en gana.

—¿Quién puede impedírmelo?

—Yo mismo.

—Oh… ¿Y de qué modo, si puedo saberlo?

—Aún no sé… Necesito tiempo para pensar en el modo de dominar tu voluntad. Creo que si te quedases… noventa o cien años encontraría el modo de conseguirlo.

—Amor —ella lo besó de nuevo, se quedó mirándolo, y de pronto se echó a reír—. Amor, eres un astuto sinvergüenza. De acuerdo: me quedaré… siete días más. *Okay*?

—Okay —suspiró el astutísimo Número Uno.

FIN